EL ÚLTIMO EDÉN

José Gómez Muñoz

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Mis primeras vivencias por el Último Edén-I

Nota del autor: He querido dejar los textos de este libro tal como fueron escritos en aquellas fechas, año 1988. Sé que pasado el tiempo muchas de las cosas aquí reseñadas, han cambiado. También algunos de los nombres de los sitios, no es que hayan cambiado, sino que yo los conocí de otras manera. Creo que tiene su valor respetar lo que fue sincero en su momento y que así quede para siempre. Sirve incluso como referencia para evaluar las cosas.

ÍNDICE

Las primeras rutas y experiencias vividas por mí en estas sierras. Un pequeño bloque de vivencias por caminos muy concretos y que se me clavaron en el alma. Las describo muy sencillamente.

1- Arroyo de Gil Cobo, Blanquillo. 26-8-88

Singular experiencia en el verano del 88

Se llega por la carretera que atraviesa la Sierra de las Villas desde Mogón al Charco del Aceite o al revés. Al llegar al arroyo Gil Cobo se toma por la pista forestal que por aquí se aparta. En unos metros se llega a una fuente que se enclava a la derecha de este carril, se atraviesa la preciosa Cerrada de San Ginés y al terminar de recorrerla la pista se divide. El ramal que sigue al frente lleva a las llanuras de Jabalcaballo pasando antes por rincones muy hermosos y curiosos. El ramal de la izquierda se pega al arroyo que baja desde la Blanquilla Alta y Baja. Tras unas rocas y por la derecha junto al carril aparece una preciosa fuente. Se le conoce con el nombre de Fuente de la Tejadilla por tener un trozo de teja en su chorrillo para beber con más comodidad. El carril sigue y unos metros más arriba gira para la izquierda buscando la cañada que baja desde el collado Perenoso. Al llegan a este precioso collado dejamos el coche aquel día.

Trazamos la ruta por la senda que sale por el lado derecho desde este collado. Superamos la cascada del arroyo Blanquilla y luego superamos la pendiente de la Blanquilla Alta. Por entre rocas y siguiendo la vieja senda remontamos a lo más alto de la bonita cumbre de este singular monte. No es difícil esta ruta pero sin encierra paisajes muy bellos y emocionantes. Y antes de describirla cuando en aquellos tiempos la tracé por primera vez quiero aclarar un par de cosas. Cuando hice esta ruta, en todos los mapas y textos siempre leía el nombre de Blanquillo, refiriéndose al pico que se va a describir. Mucho después descubrí que este monte se le conoce con el nombre de Pedro Miguel. El que ha sido entre los serranos desde tiempos muy lejanos. Blanquilla Alta y Baja son otros puntos por esta zona de la sierra. Y cuando hice esta ruta fue en el verano del 1988, al año siguiente de haber sido declarado Parque Natural estas sierras. Eran los primeros tiempos para estas sierras y para mí por estas sierras. Con esta ruta y otras parecida trazaba mis primeros recorridos por estos rincones. Es cuando empecé a conocerlos.

El texto que con que a continuación describiré esta ruta es el mismo que escribí en aquellos días. No se refleja en él mucha información en cuanto a distancias, nombres de los sitios, tiempo en recorrer esta ruta y demás. Por aquellos días todavía apenas tenía conocimiento de estas sierras. Empezaba a conocerlas. Por eso quiero decir que los paisajes por donde discurre esta ruta, en otros puntos de este trabajo, se describen mucho más detalladamente. Con más conocimiento de estas sierras y experiencia de ellas. Así que para mí el valor de esta ruta está en que fue lo primero que escribí de este Parque Natural en mis primeros contactos con estos montes.

La ruta y la vivencia

Aquel verano fue para mí es más hermoso de todos los de mi vida. Desde el día uno de agosto hasta final de este mes, desde Pozo Alcón hasta la Puerta de Segura, río Madera, Santiago de la Espada, río Segura, parte de los Campos de Hernán Pelea y como broche final la Sierra de las Villas, recorrimos paso a paso los rincones más bellos de estas sierras. Hacía solo un año que lo habían escrito en los papeles con el nombre de Parque

Natural de Cazorla, Segura y las Villas. Aun sin ser parque estas sierras estaban hermosas. Nunca las he visto yo después tan hermosas como en aquellas primeras veces que empecé a recorrerlas. Quizá en otras épocas lejanas y mucho antes de que yo las conociera, cuando no existían tantas carreteras ni tantos hoteles, campings, casas rurales y todas las instalaciones que por aquí han montado, estas sierras también fueron muy bellas. Aquel verano este parque y más en concreto las Sierras de las Villas estaban engalanadas con una hermosura excepcional. O es que se engalanaron para mí o es que mis ojos así las vieron.

Estuvimos durmiendo por donde las aguas brotan y son inmaculadas porque al estar recién nacidas no saben de los humanos y sus rarezas. En el pequeño y mágico valle que es cuna del río Segura. Junto a la casas de los pastores que aún todavía no conocía y entre sus rebaños de ovejas. Sobre las praderas verdes junto al río recién nacido estuvimos durmiendo aquella noche de agosto. Era ya casi final de mes y por lo tanto en los límites de nuestra gran excursión a lo ancho de todo este parque. Allí pusimos las tiendas y durante tres días gozamos del

rumor del agua con tonos diamantinos, del fresco por las noches y los cantos de los grillos, del juego de la Niña del río hija de los pastores de este rincón, de la charla de las mujeres mayores y de varias rutas hacia los Campos de Hernán Pelea y otros rincones. Al cuarto día por la mañana desmontamos las tiendas, nos despedimos de las personas que ya por aquí conocíamos, aceptamos el regalo de chorizos y morcillas que la madre del río nos regaló, nos despedimos del valle, hicimos un brazado de viento con aquel tan fino aire llenando la mañana, atiborramos nuestros ojos de cuanta belleza pudimos para traernos con nosotros lo mejor y cuatro o cinco horas después ya andábamos por las Sierras de las Villas.

Entramos por el Charco del Aceite, remontamos por la cuesta del Palancar, arroyo Martín, Umbría de Aguilar, collado Aguas los Perros, Carrales, collado del Ojuelo, Cueva del Peinero y remontamos para el rincón. Al llegar al cauce vimos el letrero: “Arroyo de Gil Cobo”. Y al pasar el puente nos metimos por el carril que tallaron pegado al cauce. Atravesamos la preciosa cerrada de San Ginés y al salir de esta singular trinchera tomamos por el ramal de pista que se aparta para el lado izquierdo. Unos metros

más arriba paramos en la fuente de la Tejadilla. Bebimos, comimos y al rato seguimos subiendo. En aquellos día esta pista no tenía cadena y sí estaba bien para recorrerla en coche. En pleno mes de agosto el sol aprieta y más a las cuatro de la tarde. Al cruzar el arroyo que baja de la Blanquilla con el carril torcimos para la izquierda, remontamos por la Cañada de Perenoso y después de unas curvas remontamos al collado con el mismo nombre. Bajamos y nos preparamos para subir a la cumbre. Era la primera vez que pisaba este rincón y la ilusión de coronar el pico me llena de vida.

Frente a nosotros y por el lado izquierdo nos saludaba la lancha de la Cigarra, del Lobo y aún hoy día aunque sea de la Cigarra. A la derecha y arriba nos invitaba la cumbre del Blanquillo. Pongo el nombre tal como por aquellos días yo lo sabía de haberlo leído en los mapas y algún libro. A nuestras espaldas dirección norte el collado de la Traviesa. En aquellos días también estaba reseñado en las guías para los turistas y lo indicaban junto a un bar y todo. Pasado el tiempo descubrí que muchos de los datos en las guías y mapas para los turistas no eran correctos. Me he pasado media vida

corrigiendo cosas y todavía tengo mucha confusión. Por encima del bar de la traviesa la lancha de la Escalera trabada en la depresión de la Morra de los Cerezos. Por donde el silencio duerme a 1589 metros. Bosques, lejanías silencios y sol quemando en todas las direcciones. En nuestros corazones la emoción palpitando.

Cargamos con las mochilas y cuatro cosas dentro, agua del la Fuente de la Tejadilla, un bocadillo de los chorizos que nos ha regalado la madre del río diamantino y la cámara de fotos. Tiramos para la derecha y arrancamos la ruta sin saber por dónde va la senda, si es que va, ni por qué punto de la abrupta ladera es más fácil ascender. No vemos senda aunque debía haberla porque algunas guías la reseñaban. Seguimos algunas veredillas de animales. También creemos que son las veredas que los pastores usan para llevar o traer sus rebaños a las praderas. Giramos un poco a la derecha remontando, a la izquierda para esquivar la cumbre de un monte menor, avanzamos por el collado de los pinos laricios y unos metros más adelante avanzamos por la empinada ladera solana buscando el paso para salvar el escalón del

arroyuelo. Ahora sí vemos senda. Se agarra a la pendiente y se traba en las rocas para colarse por el portillo que el cauce ha tajado en escalón. Es este un arroyo en su comienzo. Uno de los ramales que nacen en las mismas laderas norte del Blanquillo y desde el lado sur del collado Perenoso desciende para juntarse con el Gil Cobo justo al comenzar la Cerrada de San Ginés.

El sol nos pega de lleno. Nos quema un poco más y el sudor nos chorrea por el rostro. Al igual que la lluvia cuando aquellos días por la laguna de Valdeazores, por las cumbres del Rayal, por las praderas del Peguera o por la Sierra de la Cabrilla. No nos importan ni los chorros de sudor esta tarde ni los hilos de agua aquellos días. Agua, amor y sueño es una cosa y agua, amor y sueño es la otra. Y sabemos, porque lo llevamos hondo, que este es el precio que debemos entregar a la montaña para que la montaña nos premie. Nos sentimos plenos. No hay mayor gozo que el gozo de romperse, quedarse y morir a cada paso por entre las rocas, bajo los pinos acariciados por el aire, el ardiente sol de la cumbre y la soledad del paisaje, aquí, casi a dos pasos del azul del cielo. No hay un gozo como éste y como lo tenemos claro más que

incomodidad, más que dolor o fatiga lo que sentimos es satisfacción, gratitud, amor.

Sabemos que no es fácil llegar a esta felicidad y sabemos que no son muchos los que la alcanzan. Por eso creemos que somos unos privilegiados entre tantos como recorren estas sierras por estos días. Hasta tendríamos que besar las rocas que vamos pisando, el sol que nos quema, el monte que nos pincha y la cumbre que nos desafía. Hasta tendríamos que besarla y estarle agradecidos por dejarnos andar por aquí y hacernos sentir lo que estamos sintiendo. Sinceramente sabemos que esta realidad es así y por esto nuestros sufrimientos convertidos en dolor, sed y flaqueza es la mejor recompensa, el mejor trofeo, la más noble caricia para el cuerpo y para el alma.

Pero como a pesar de todo somos humanos, con un cuerpo de carne que pesa, limita, dificulta, empobrece y duele, al coronar el tranco del arroyo y encontrar la deliciosa explanada y la fresca sombra de los pinos laricios, uno del grupo dice:
- Aquí me quedo.

Antes de terminar sus palabras ya está tumbado, lacio, agotado, desvaído en la hierba fresca bajo la densa sombra del pino laricio. Nos paramos. Lo miramos, nos sentamos a su lado. Es tanto el cansancio y el sudor y tan agradable la sombra, el vientecillo que sube desde el arroyo y la hierba fina de la pradera que no resistimos tumbarnos y olvidarnos de todo.

- Llevo ya veinte días subiendo y bajando montañas por estas sierras siempre con la mochila acuesta, un bocadillo, la cantimplora con agua y las botas llenas de tierra y pasto que no puedo más.

- Y a lo largo de estos días hemos recorrido más de trescientos kilómetros siempre por laderas, arroyos y cumbres.

- Estamos locos. Porque aunque la sierra tenga encanto hay que ver como te destroza, como te rompe y te agota.

- Y además, tanta lucha y privación ¿para qué?

Nadie responde a la pregunta. De verdad que estamos muertos. Tumbados en la hierba, a la sombra y besados por el delicado viento nos dejamos morir. Mejor: nos dejamos dormir en un sueño delicioso. Más de media hora llevamos ya tumbados en el colchón de esta

refrescante hierba cuando me incorporo un poco. Tal como estoy gozando de la sombra y el descanso miro al frente. La pradera se me abre hermosa como un hada. No digo nada. Respiro y miro concentrado. Se dan cuenta. Mueven sus cabezas y tal como están estirados por la espesa sombra del pino miran buscando a la pradera. La observan y al rato uno dice:

- Es hermosísima.

Le respondo:

- Eso es lo que creo.

- Un paraíso. Si no hubiéramos subido no habríamos gozado de esta belleza.

- Merece la pena. Gratifica con una dicha que sabe a cielo. ¿Seguimos?

Desde donde nos hemos parado se divisa una amplia panorámica. De nuestros pies arranca una vaguada toda poblada de ríos que se alargan por las laderas del Blanquillo y lado norte de éste.

- Por aquel barranco, donde se junta el arroyo Aguascebas de Gil Cobo con el río Aguascebas Grande por ahí tenían proyectado la construcción de la presa para dar agua a los pueblos de la Loma de Úbeda.

- ¿De dónde surgió esa idea?
- De la Administración. Ya hacía años que no llovía mucho y los pueblos de la Loma se quedaban sin agua. Buscando soluciones se les ocurrió construir una presa en estos ríos. Muchos se opusieron y entonces planearon otro proyecto. Traer agua desde el Guadalquivir por las cumbres de Jabalcaballo hasta el embalse del Aguascebas.
- Están locos. Menos mal que al final se impuso la cordura. Decidieron recrecer el muro del embalse del Aguascebas y no hacer ningún desastre más en estas sierras.

Desde lo hondo del barranco, siguiendo el cauce del río para donde estamos, imaginamos las aguas remansadas y cubriendo las praderas, las cumbres y los acantilados. Y nuestros ojos se detienen en el margen derecho por las rocas blancas y parte alta de la Cueva del Peinero. La ladera está toda quemada. Hace unos años un gran incendio desbastó toda esa lancha del Raso de la Honguera. A estas horas de la tarde el sol pega de lleno sobre las rocas sin vegetación y la desolación se acentúa con fuerza.

Pero estamos en este rincón de la sierra porque vamos hacia la montaña. Uno dice:

- La montaña está a nuestras espaldas esperándonos.
- Vamos a seguir.
- Lo hemos deseando desde hace mucho.
- Pero yo estoy hecho polvo.
- Podemos y luego nos alegraremos. Sabemos lo que buscamos y lo que nos gusta.
- Eso es verdad.
- Cuando dentro de un rato pisemos las rocas de la cumbre que pretendemos coronar sentiremos que esas piedras ya las han pisado otros antes que nosotros. No encontraremos ahí lo que tanto nos gusta: la belleza de la virginidad. Son poco los rincones de estas sierras que a estas alturas aún sigan vírgenes. Sabemos que cada día serán menos. Pero si nos lo proponemos lograremos sentirnos únicos por estas montañas. Depende de nuestro interior, de la belleza, del amor, de la actitud de nuestros sentimientos y sueños. Nuestros pasos por estas cumbres, por la cañada que nos regala su hierba ahora mismo, por ese collado y por aquella nava, será nueva, distinta, única, virgen y eterna si nosotros así lo

queremos.

Quiero decir que no es simple bosque lo que por aquí tocamos, olemos o vemos. Aquí estamos nosotros, la verdad que nos trasciende, la brújula que nos oriente según vamos subiendo para la cumbre de la eternidad, de la inmortalidad, de Dios con la plenitud de todo. ¿Seguimos o no?

Sin pronunciar palabra los que me acompañan o más bien yo acompaño, se levantan. Extienden sus brazos, respiran hondas bocanadas del fresco aire que nos llega por el surco del arroyo que hemos superado, nos enredamos en las sombras que los pinos regalan y seguimos.

- Nos escasean las fuerzas porque no estamos preparados para una lucha como la que traemos entre manos pero queremos subir. Con el corazón y el alma queremos subir.

Cruzamos la preciosa nava por donde la hierba nos tiende fresca y densa alfombra. Sentimos los rayos del ardiente sol quemando en la cara, las espaldas y los brazos. Tenemos la sensación que es el mismo sol que desde el comienzo de los tiempos ha quemado a los

pastores de estas montañas y a las milenarias rocas que en las laderas se clavan. Saltamos por encina de estas rocas, nos agarramos a las sabinas y subimos. Este momento lo hemos vivido ante en sueño, en ilusión, en sensaciones limpias brincando por el alma.

Desde la cañada de los majuelos y los pinos laricios al pico Blanquillo se le puede remontar subiendo recto ladera arriba sin más. La pendiente es dura y larga pero se puede remontar sin encontrar más obstáculo que el fuerte repecho. A la cumbre de este mágico monte se le puede remontar por la loma que sube desde la Blanquilla Alta. Desde la nava donde hemos descansado, en lugar de subir recto se toma para el lado de la derecha a la vez que se le gana terreno al monte y se viene a salir por donde las cuerdas de la Blanquilla Alta. Al coronar estas cuerdas aparece la senda. Una vieja y bonita senda que recorre estas cumbres desde tiempos muy lejanos. Arranca por las llanuras de Jabalcaballo, cruza el collado del Muerto por la Morra de los Cerezos, entra por las llanuras de la Blanquilla Baja, roza el Cenajo de la Blanquilla Baja y desde este punto sube por la cañada, la raspa de la cuerda y casi corona al monte que es rey en

estas cumbres. Pero no lo corona porque antes de plantarse en lo alto se va por la ladera y entre rocas para ir a salir a los tornajos de Pinar Negro.

Nosotros remontamos recto a la cumbre. Nos late el corazón porque el esfuerzo es mucho. Bajo la sombre de laricios centenarios paramos a descansar y para que el vientecillo nos refresque. Ahora no pronunciamos palabras. De verdad estamos agotados por los muchos días que llevamos subiendo y bajando montes en estas sierras. Sin embargo en mi corazón oigo el murmullo. “Cuando el río, su corriente, el paisaje que lo circunda y las montañas que lo envuelven, deja de ser simple agua, bosque y roca se convierte en sentimiento, en gozo interno. Hay un momento en el que nada es igual a la realidad normal. Y existe un camino que lleva a esa dimensión. Atraviesa, va y viene por estas montañas. Un día lo veremos y podremos recorrerlo sin las incomodidades de la cuesta, el frío, el sol, la lluvia o la nieve”.

Reanudamos la marcha y después de casi dos horas coronamos la cumbre. Con asombro descubrimos el

característico paisajes rocoso que la naturaleza ha tallado sobre esta cresta. Todo pura roca caliza, astillada por las nieves y los hielos. Acogen entre sus grietas piornos, sabinas rastreras, majuelos, algunas matas de hierba adaptada perfectamente a la dureza de estas cumbres. Son plantas muy especiales. Muchas de ellas no viven en ninguna otra parte que no sean estos calares y a estas alturas o paisajes similares sobre otras cumbres de este parque. Varios buitres leonados sobre vuelan los cielos que nos arropan. Dominan todo el gran barranco del río Aguascebas Grande y la robusta cordillera sobre la que nos encontramos.

Los picos más altos de esta cordillera, desde donde arranca por el Puerto Lorente hasta donde muere, por el grandioso Tajo del Tranco, se van sucediendo en este orden: Aguilón del Loco justo por encima del mismo nacimiento del Guadalquivir y cuando la cordillera todavía no está definida. Le sigue el Gilillo, el Escribano, Viñuela, las Albardas, Caballo de la Fuente de la Zarza coronado por el Palancar Alto, Pardal, Peña Corva, Morra de los Cerezos, Pedro Miguel que es donde estamos y todavía para nosotros Blanquillo porque así lo reflejan los mapas,

Los Hermanillos, Pinar Negro, Piedras Morenas, El Cubo, La Plomera, Almagreros y Piedras Plomeras. Por el otro lado del Tajo del Tranco, ya sierra de Beas, todavía esta cuerda sigue alargándose alzada con la Risca del Quijarón, Peguera, Poyo de la Cumbre y Buitreras ya casi al final. Queda rematada por el valle que labró el río Guadalimar al pasar por la Puerta de Segura.

Toda esta porción de terreno y mucho más se dominan desde las cumbres de este Pedro Miguel. Lo estamos viendo con nuestros ojos y no salimos del asombro. Porque para el norte y para el sur las montañas y los valles se ensanchan hasta perderse en las brumosas lejanías. Desde la cumbre de esta atalaya se abre una inmensa panorámica que no es ni mucho menos la que se ve desde el Yelmo, Las Banderillas, las Empanadas, Cabañas, Tejos, Gilillo o Mariasnal. Cada pico en estas sierras tiene su personalidad propia, su panorámica, su paisaje, su viento, su silencio, su flor, su roca, su cabra montés y hasta su nube y su cielo más o menos azul, blanco, gris o tupido de nieblas. Cada pico en estas sierras tiene su nombre propio para que así nada se confunda ni se repita.

Y desde la atalaya de este Pedro Miguel nosotros gozamos de lo único, de lo característico. El valle del Guadalquivir a un lado y otro. El de los turistas más o menos a la altura de Coto Ríos y el de los olivos y pueblos blancos entre Villanueva y Villacarrillo. La sierra de Beas con el corte de río por donde el embalse del Tranco, el Yelmo coronando al amplio valle de Segura de la Sierra. La Sierra de Segura con el Banderillas y las Empanadas y todas las sierras por donde se eleva el pico Cabañas con el Gilillo por encima del pueblo de Cazorla y la cordillera que desde ese punto se viene para nosotros. En las rocas blancas que se derraman por la cumbre nos sentamos ahora ya sin prisa. Despacio dejamos que se nos cuele dentro la grandiosa inmensidad de las sierras que en los días pasados hemos recorrido. Tenemos necesidad de que se nos cuele dentro la inmensidad, los verdes desnudo de los valles y laderas y azul limpio por el cielo que nos arropa.

Comento:

- Ahora mismo, mi sentimiento, la realidad que vive en mí y que me rebosa sin dejar espacio para nada más, es la

de sentirme rico. Lleno y hondamente agusto conmigo y cuanto entra por mis ojos y me rodea. Y ante este sentimiento la otra realidad que a diario vivo lejos y fuera de aquí me deja vacío, pobre, disgustado. No me sirve para mucho ni tiene valor que me satisfaga.

Uno de ellos afirma:

- Esto lo sé yo. Por eso estoy convencido que nuestro andar, besar, rozar, beber y respirar por estas sierras va mucho más allá de un simple paseo o un contacto superficial con el aire, las montañas y las flores. Es algo más hondo que tiene mucho que ver con la dimensión del espíritu.

- Pero esa realidad no quita que yo tenga los pies hechos polvo. Me duelen y tengo vejigas de todas las clases y tamaños. Es una locura lo que este mes de agosto estamos haciendo.

- En aquellos tiempos, cuando las carreteras de asfalto no existían, ni los coches ni los aviones, cuando para cruzar un río o subir una montaña no había otra posibilidad que hacerlo a pie, a base de esfuerzo, sudor y tiempo como siempre fue entre los que poblaron estas sierras, con sus burros, mulos o simplemente andando, en aquellos tiempos las emociones en el alma de los

humanos eran distintas. Tardaban horas en atravesar un puerto, un río o un valle pero tenían en sus almas el gozo de vivir aquellos paisajes mientras lo andaban. Se enteraban de la presencia de aquel río o cumbre, hacían suyas aquellas aguas o aquel viento, se les quedaba grabado para siempre la caricia fría o caliente de aquel viento y el fragor o música del agua saltando por el río.

No es que esté en contra del progreso pero creo que los humanos hemos perdido avanzando tanto hacia la comodidad y ciencia. Se han trazado carreteras que suben hasta las mimas cumbres de las montañas de estas sierras. Llegan los turistas y sin bajarse del coche ya están en las cumbres. Se bajan, admiran el paisaje, exclaman un ¡oh! y se van. Atraviesan las sierras de un lado a otro cruzando ríos y arroyos y si acaso, se paran en alguna curva para contemplar la corriente y hacer alguna foto de recuerdo. ¿Creéis vosotros que de este modo se le puede arrancar a la sierra el gozo que le estamos arrancando nosotros? ¿Creéis que de este modo sus almas pueden ensancharse como las nuestras hoy? ¿Creéis que el aire o la corriente del río de este modo se funde al alma con un beso dulce como el que nosotros

estamos gustando ahora mismo?
Y uno afirme:
- Ahora comprendo por qué nosotros nos vamos quedando por aquí en silencio y del todo. Echaremos de menos este momento en cuanto bajemos de esta cumbre. Lo recordaremos siempre.
- Eso es seguro.

Ha pasado casi una hora desde nuestra llegada a la hermosísima cumbre del Blanquillo. Nos hemos llenando de lejanías con sabor a libertad. Comenzamos el descenso y justo ahora y, desde el lado sur y ladera, levanta vuelo una bandada de perdices. Por encima revolotea un águila perdicera. Nos cruza casi rozándonos y el batir de sus alas junto con su presencia en mi mente se activa el recuerdo de aquel día.

Recorría la ladera sur de esta cumbre a la altura de Coto Ríos. Un grupo de turistas, de los que ponen su tienda por la orilla del Guadalquivir, andaba también por la ladera. Decían ellos que buscaban leña para asar las chuletas que habían comprado. Era primavera y el romero estaba florecido. Por estas fechas es cuando las perdices

anidan. Y esta ladera, Solana de Coto Ríos, son tierras muy querenciosas para las perdices. Los que buscaban leña iban dando voces y gritando sin respeto ninguno al silencio de estos campos y a los seres que lo habitan. Del cerrillo, a los pies de uno, se levantaron dos perdices.

- Por ahí tendrá su nido.

Aclaró otro de los que por el monte buscaban leña.

- Si lo encontramos hoy comemos chuletas con huevos de perdices.

Y enseguida otro gritó:

- ¡Aquí lo tengo!

Con gran alborozo cogieron sus huevos, se fueron por la ladera para donde tenían las tiendas y aquel día comieron chuletas de cordero con tortilla de huevos de perdices.

Aquel mismo año, unos días más tarde andaba yo por estas mismas sierras. En esta ocasión también a la altura de Coto Ríos pero en las Sierras de las Villas justo por el collado del Perenoso. Las ovejas pastaban cerca. El grueso de la manada se había movido para el lado de Jabalcaballo. Por las praderas de este collado sólo

pastaban unas cuantas que se habían quedado rezagadas. De abajo, de la majada hoy no llegó el pastor sino las dos hermanas hijas del pastor. La pequeña de unos doce años y la otra de unos dieciséis.
- Quédate tú aquí hasta que yo me sitúe en la sabina por donde están las perdices. Luego te vas por el arroyo y vuelvas las ovejas para el collado.
Dijo la hermana mayor.

Subió luego por la ladera y remontó hasta las rocas por encima de las ovejas. La pequeña se fue por el arroyo, volvió a las ovejas para el collado y un poco más adelante se juntaron las dos. Se fueron detrás de las ovejas y al llegar a la altura del manantial, al encontrarme con ellas, me dijeron:
- En aquella roca de la sabina todos los años anidan las perdices. Las ovejas no saben de nidos ni de perdices ni de otras cosas pero nosotras procuramos que durante el tiempo que las perdices estás encubando sus huevos, no pasen por ese sitio.
Les dije que eso estaba bien, que eso es cuidar y amar a la tierra y lo que la tierra contiene. Y luego me acordé de aquel otro día de los turistas.

Hoy, llegando al collado Perenoso de vuelta de las cumbres del Blanquillo, uno me pregunta:

- ¿Quiénes son los dueños reales y auténticos de estas sierras?

Le respondo:

- Ni los de la administración de aquellos tiempos ni la de estos tiempos ni tampoco los que por estas sierras vienen a veranear.

- ¿Por qué dices lo que dices?

- Porque los primeros no saben de matices ni del lenguaje de las aguas que saltan por los ríos ni de la canción del viento. Los segundos, aunque sí son amigos de los bosques, la nieve y el perfume que los bosques regalan, parece que tienen su corazón en otros asuntos. Aunque unos tengan el poder y las leyes y otros tengan hoteles, caballos, coches y demás, estas sierras no les pertenecen.

- ¿A quiénes entonces?

- A los que la recorren acariciándolas y agradeciendo. A los pastores de siempre, a las perdices porque entre las sabinas hacen sus nidos y a las águilas.

Ya el día está declinando por la cumbre de la Morra de los Cerezos. Por ahí el sol va derramando sus rayos dorados en un juego de oro. Hemos bajado por una ruta distinta a la que trazamos para subir. Ahora remontamos por la cañada que desde la cuenca del río Aguascebas Grande se eleva para el collado. Por esta cañada se tupen los pinos y la hierba tapiza con un primor exquisito. Uno dice:

- Seguro que por entre estos pinos se darán bien los níscalos. Cuando este año llegue el otoño tenemos que venir a buscarlos y si fuera posible, asarlos en las ascuas de la lumbre para así probar el sabor de los níscalos sobre las laderas de estas montañas.

- Esas es una idea que me gusta mucho. Yo me apunto.

Les digo que yo también y antes de coronar el collado nos parece creer que ya ha llegado el otoño.

El día se presenta con mucha lluvia y muchas nieblas por estas sierras. Las mágicas nieblas otoñales por los barrancos y cumbres de estas sierras. El arroyo de esta cañada y otros bajan repletos de agua. Ha llovido tanto que por todas las laderas de estas sierras los arroyos se despeñan llenando de sinfonías los aires. Los

níscalos ya están nacidos. Hermosos y limpios por entre los pinos y al silencio de las lluvias y las nieblas. Nos ponemos a buscarlos. Dos de ellos se van para la umbría de Pedro Miguel. Buscan níscalos y al mismo tiempo las bellezas de los acantilados por donde saltan los arroyos.

Me voy por donde los pinos aun son pequeños y forman un denso bosque. Nada más llegar me los encuentro. Frescos, dorados, recién nacidos y lavados por la lluvia. Primero uno, luego otro y otro y un gran rodal. Se me llena el alma de dicha al verlos por entre los pinos y al tocarlos. Me revienta el gozo y me deshago en amor por estas sierras. ¡Qué momentos más sublimes y qué hermosura de sierras en días de otoño como este! Cada níscalo es como una oración al cielo, una alabanza al Dios, un beso a estas sierras y un río de gracias hondas y sinceras. Me siento afortunado, privilegiado, mimado por tanta generosidad de la naturaleza para conmigo. ¡Todo está tan limpio, derrama tanta dulzura, es tan hermoso…!

Mientras el alma se me asombra voy llenando mi bolsa de níscalos. Me paro junto a las aguas del limpio arroyo. Los lavo un poco más. Subo para el collado con

mi precioso tesoro. Al llegar me encuentro con el pastor. Tiene él ya encendida la lumbre. Por eso al llegar me dice:
- Vamos a ponerlos sobre las ascuas y ya verás que ricos dentro de unos minutos.
- Pero solo unos cuantos para probarlos. Tengo que esperar a que mis amigos regresen para compartirlos con ellos.
- Como quieres. Has cogidos muchos. Este otoño es un buen otoño para los níscalos.

Mientras bajan de la ladera por donde saltan los arroyos los níscalos se asan sobre las ascuas. Llegan y los tenemos preparados. A punto solo para empezar y comer hasta quedar saciados.
- ¡Qué buenos que están!
- Nunca había probado yo algo tan exquisito.
- Y en este marco tan divino.
En el collado sopla algo de viento. No hace frío. Por los barrancos las nieblas se elevan y a ratos se abren para dejar al descubierto las crestas de las cumbres. ¡Qué día, qué tarde tan sencillamente dulce acariciando las fibras más finas del alma! Quiero hablar, quieren hablar pero

una vez más nos dejamos abrazar y gustamos con el paladar de la lengua y del corazón.

En la tarde de agosto ya, sobre el collado y de regreso de la alta cumbre, nos disponemos para subir al coche y alejarnos de los paisajes. Realmente estamos agotados. Al fijarme en la cara de uno de ellos descubro que no es la misma cara del primer día de esta aventura nuestra. La piel está negra, los carrillos se han desinflado, las barbas le han crecido.

- ¿Cuánto kilos has perdido en estos días?
- Creo que por lo menos veinte. Esto ha sido como un atraco.

Y al mirar para el barranco por donde se aleja el río Aguascebas Grande observo una negra nube. Se alza del arroyo Chillar para la cumbre de Aguas los Perros. Se me encoge el corazón.

No habían pasado muchas horas cuando leí en el periódico **Diario Jaén**: “Un incendio calcinaba ayer cientos de hectáreas en la Sierra de las Villas. El fuego se inicio simultáneamente en varios focos. La zona calcinada tardará 40 años en regenerarse. Se han quemado 600 hectáreas de pinos y encinas”.

La fragancia eterna

- ¿Y aquel otro día de la cañada verde?
- ¿Te refieres al de las nubes blancas y el cielo azul intenso?
- Al del chorrillo de agua cayendo al tornajo de las algas verdes.
- ¿Y qué le pasaba a ese día?
- ¿No viste tú la figura que se recortó sobre el horizonte seguida de un perro pastor?
- Vi yo esa figura y sé de quién era. Algo más abajo pastaban las ovejas al placer de la fina hierba y al cariño de los corderillos recién nacidos. Por allí mismo corría el arroyo de los avellanos y las nogueras ya se vestían con sus nuevas hojas. Bajó el pastor, siguiendo la senda de la loma áspera. Andaba cabizbajo pero con su frente alta y como ya caía la tarde el sol dorado lo teñía de una muy hermosa luz especial.

Visto desde la cañada y recortado en el horizonte azul ¿Verdad que parecía un sueño?
- Es lo que quería decirte. Más que sueño parecía un misterio que irradiaba mucha belleza. ¿A dónde iba?

- Ya te lo he dicho: bajaba desde las partes altas y buscaba a sus ovejas que pastaban por la cañada. Y era cierto: en la rotundidad de aquel solitario campo, la loma alargada y el azul del cielo de fondo, parecía mucho más de lo que en realidad era. Y su silencio, su preñado y triste silencio, aun lo revestía de más belleza y misterio.

2- Jabalcaballo, Peña Corva
Mi primera vez por este rincón

La ruta

Arranca esta ruta en el puente del Arroyo Gil Cobo. Por la pista forestal que entrar cauce arriba, recorre la Cerrada de San Ginés y al salir se divide. Toma el ramal de la derecha, remonta hasta Fuente Colorá, por donde cruza el arroyo del Collado del Muerto, gira en unas curvas por donde va dejando a la derecha la Tiná de Majaserval, remonta a la Hoya de la Zamarrilla, recorre toda la Lancha de la Escalera por la parte de arriba y va a salir a la Cañada de la Fuente del Tejo. Una amplia cañada que desciende desde el Collado del Muerto y por donde brota un muy limpio manantial. El carril sigue y en

cuanto remonta un pequeño collado llamado de la Fuente del Tejo se asoma a las llanuras de Jabalcaballo. En unos metros la pista se divide. El que continúa al frente y por la derecha es por donde va esta ruta. Recorre un paisaje muy bello por la parte de arriba de las llanuras y cortando los incipientes arroyos que por aquí van naciendo. Cuando el carril llega a la altura de Peña Corva es el punto donde dejar el coche. Desde aquí se sube andando hasta lo más alto de la preciosa peña.

Pero el carril sigue y algo más adelante se encuentra con varios cortijos. Uno al frente y varios más por el lado de abajo y ya metidos casi en el corazón de la preciosa altiplanicie. Quiero aclarar que esta zona de la sierra, aun siendo una altiplanicie no es llanura por completo. Presenta muchas vaguadas, arroyos, cerros, montículos y también preciosas llanuras. La tierra por estas llanuras que casi todas son cañadas es de muy buena calidad. En otros tiempos fueron muy cultivadas por los serranos que por aquí vivían. Y quiero aclarar que Peña Corva es una roca con unas características muy concretas. En ninguna parte de este grandioso Parque Natural he visto una roca parecida. Creo que no existe. Porque Peña Corva se alza

justo donde la cordillera tiene su máxima altura. Pura roca toda esta cumbre y como el viento, la lluvia y la nieve la ha ido modelando a lo largo del tiempo la figura que al final ha resultado esculpida es un picacho rocoso arqueado en forma de media luna por el lado del levante. Justo por debajo de este grandioso y curioso arco nacen algunos manantiales. Son las primeras aguas del arroyo del Zarzalar.

La vivencia

Fue un día de verano. Decidimos venir y llegar hasta lo más alto de la singular roca en forma de media luna. Al salir de la cerrada de San Ginés, arroyo de Gil Cobo, la pista se divide. El ramal de la izquierda es el que sube al collado de Perenoso. Nos venimos por el ramal de la derecha que lleva a las llanuras de Jabalcaballo. Algo más arriba el carril se mete en el barranco por donde cae el arroyo del collado del Muerto. Justo al cruzar la pista el arroyo, unos metros antes se encuentra la fuente de la piedra rodeada de bancos. Fuente Colorá es como se llama esta fuente. Aquí paramos y comemos. Fue construida esta fuente en la etapa de Icona. Del manantial de la ladera cogieron el agua para que saliera por el tubo

de hierro, de las rocas de la lancha recogieron piedras y las pusieron por aquí para los asientos y la mesa. Por donde esta fuente los paisajes son bellos. En el otoño más que en otra fechas. Pero en la primavera los paisajes se cubren de flores. Flores moradas de azafrán silvestre muy abundantes en todos los rincones de este parque. También la merendera montaña.

Es una imagen bonita ver toda la llanura tapizada con estas mil pequeñas florecillas casi clavadas en el suelo. Solo brota un tallo que casi todo es flor y una o dos hojas finas que apenas se ven. Cuando por la mañana están abiertas las tierras de esta llanura se visten con una belleza muy agradable. Al caer la tarde y por la noche y otras muchas por estas sierras cierran sus pétalos. Es un mecanismo de autodefensa contra el frío o heladas por las noches.

El rincón por donde corre Fuente Colorá, las cumbres que lo orlan y el valle por donde se fragua y empieza a irse el arroyo son de los paisajes más bellos por estas sierras. Uno de los amigos, no pudiendo resistir la majestad de estos paisajes, los dibuja creando dos o

tres muy hermosas láminas. Desde el mismo lugar donde estamos sentados se recrea en el paisaje y con maestría genial lo pasa al papel. Mudos lo observamos al tiempo que gozamos con él viendo como las belleza de los paisajes pasan al papel para quedar inmortalizada. El momento es delicioso y para rematarlo o más bien coronarlo y bordarlo nos habla del pastor de estas cumbres.

- Uno de los días sus ovejas pastan en la soledad de estas montañas. Lo veo descender por la ladera para el valle. Y aquel día el valle estaba que parecía un sueño: todo verde, silencioso y partido por la mitad por el gran río, lago y cristal que cae desde las partes más altas. El río era un lago. Sereno como un cielo azul de verano y remansado a lo largo de todo el valle. Los árboles más verdes que nunca levemente se mueven meciéndose en las aguas limpias. Las aguas de este río hoy muestran más transparencia que nunca.

- Pues este es el color que siempre han tenido esta agua.

Aclara el pastor.

- ¿Entiendo que cuando este río no refleja la belleza que ahora mismo, es lo anormal? ¿Lo habitual es la belleza

que en este justo momento regala?
- Entiendes bien.

Y era tanta la belleza que transmitía que daban ganas de cogerlo con toda aquella transparencia y así llevárselo y regalárselo al resto de las personas que pueblan el Planeta Tierra. Sentía que era y es necesario que todas las personas de este mundo conozcan lo que era antes este río y lo que es ahora.
- Quizá de este modo, al ver la diferencia, les duela y decidan adaptar otra postura en su estancia y paso por estas sierras.
Pero una vez más compruebo que desde el sueño o deseo a la realidad existe un abismo imposible de salvar. Decidimos quedarnos en lo alto de la colina. Guardamos silencio y comprobamos que aquello era una experiencia única. Las ovejas se movían por el tapiz de hierba y bajaban ladera adelante en busca del lago. Es hermoso verlas paciendo junto a las aguas formando parte del paisaje y ellos, los pinos, la hierba, el lago, el viento y el pastor no eran ni cosa extrañas a estas sierras ni diferentes entre sí. Eran, son y serán un todo hermosísimo, excelso y profundo. Una imagen real

contenida en el universo del tiempo, fija, eterna, sin principio ni fin.

Poco a poco las ovejas van cruzando el lago fundiéndose con las aguas y tomando posesión de la otra orilla. El pastor las sigue y veo lo que jamás ha visto nadie ni nadie tendrá la suerte de ver por más que lo busque y desee. Desde el centro del valle, ahí donde la tierra se empapa de la vida que le presta el río, la figura de este hombre, el pastor tallado y curtido por las lluvias, las nieves y los silencios de estos paisajes, se eleva por los aires, remonta el río, sube por la ladera y desde la roca Peña Corva, me mira. Lo observo absorto sin poderlo creer. Es el pastor de siempre, el que un día y otro se ha movido por estos montes siguiendo a su rebaño con la pesadez del frío, el sudor y el barro en su cuerpo pero hoy, se mueve libre. Con la agilidad y suavidad de un ave. Como si no fuera materia sino espíritu, viento o luz.

- ¿Cómo lo consigues?

Le pregunto.

- Es sencillo pero no fácil. No es esfuerzo mío ni tampoco mérito propio. Los montes y ríos que piso desde pequeño me han concedido el permiso para que me pueda mover y

transportar de un lado a otro sin que me estorben las cosas. También tú estás siendo afortunado. A nadie bajo el sol le es permitido ver lo que tus ojos ven. Tengo además la facilidad de acercarme hasta a los más pequeños rincones y matices de los acantilados y acercarme sin ser visto a cualquiera de las personas que por aquí vienen. ¡Si supieras lo que veo, lo que oigo y lo que hacen al moverse por estos campos unos y otros!

Quiero preguntarle pero en este momento el pastor se va para el valle. Por el lado derecho, por las madroñeras y rocas que se alzan desde el valle, se queda.

Terminamos nuestra comida junto a las aguas de fuente Colorá continuamos la ruta. Recorremos el trozo de carril que remonta hasta la Hoya de la Zamarrilla, coronamos al collado en lo más alto de la Lancha de la Escalera y aquí paramos. Durante un buen rato gozamos de la grandiosa vista que este balcón natural ofrece y seguimos. Bajamos por donde la Fuente de los Buitres, llegamos a la Cañada de la Fuente del Tejo, coronamos el Collado de la Fuente del Tejo y al volcar paramos. Bajo el gran pino laricio dejamos el coche y nos vamos siguiendo

el carril de tierra que lleva a la casa del pastor. Ante nosotros se abría el valle de la hierba, la silueta de los pinos clavados en su eternidad, el surco del cauce que más abajo ya es Aguascebas Chico y el verde arropando a un lado y otro, Las laderas de la Morra, Pardal, Morra de los Cerezos y Peña Corva como en el centro clavada y derramándose para la gran llanura y el valle del Guadalquivir. Todo este gran escenario nos saluda, nos besa, nos envuelve, nos arropa cegándonos en un instante. Quedamos tan asombrado que según vamos andando dudamos para dónde seguir o si parar y volver aunque tampoco sepamos a dónde.

A un lado los pinos regalan silencio, al otro las cumbres en su honda soledad, al fondo la gran llanura dibujando contornos indefinidos y misteriosos y por la llanura las ovejas pastando. Era el otro rebaño, el de las cumbres, el real, el que ha sido censado y planificado en el Plan Rector de Uso y Protección del Parque Natural. Se llama Plan de Aprovechamiento Ganadero mediante el que se concretan las directrices y objetivos para la remodelación de la práctica ganadera en orden a garantizar la pervivencia de los pastos. Avanzamos por la

llanura en busca de la Peña. Ya dique y ahora repito en esta ocasión es la primera vez que piso estos rincones. Por esto y otras realidades para nosotros tiene la frescura, la emoción, la belleza y el misterio de lo nuevo. Este es uno de los aspectos más bonitos de la sierra. Pisarla, conocerla, descubrirla lentamente pero sin referencias de ella de ningún tipo. Ni de su historia ni de su presente ni de su futuro. Para que nada esté viciado ni existan prejuicios. De aquí que casi nunca nosotros echemos mano a las guías o mapas sino cuando ya hemos pisado y conocido a fondo los sitios. Personalmente estoy muy convencido que ninguna guía o mapa podrá nunca transmitirme la sierra que mi corazón necesita y mi alma busca inquietamente. No hay libro en el mundo que pueda o sepa regalarme de estas sierras el matiz que mi alma sí es capaz de captar.

Nos acercamos al pastor. Nos ha visto y quizá no esté extrañado de nuestra presencia. Por aquí también vienen los turistas. Lo saludamos. Le preguntamos por las ovejas y enseguida nos dice:

- Esta es la más hermosa del rebaño. Parió hace una semana y el corderillo es aquel.

La oveja pasta cerca del cordero. La llama, alza su cabeza y se le viene a la mano.

- Es el animal más noble, manso e inteligente que nunca se ha dado en estas sierras.

Le pone la mano en el cuello. Se mueva por la pradera y ella lo sigue. La conduce hasta unas matas por detrás de un peñasco.

- Come aquí.

Le indica. La oveja agacha su cabeza y en el rodal de hierba verde y tierna se queda comiendo. Es un trozo de tierra pegado al manantial. En este punto hay mucha humedad y como queda algo protegido con los espinos y las rocas la hierba ha crecido más que en otros sitios. Está espesa, tierna y fresca. Como si alguien especialmente hubiera cuidado este pequeño trozo de pradera.

Lo que el pastor nos enseña es nuevo para nosotros. A cada paso por estas sierras todo aparece nuevo y mágico pero hay cosas que lo son más. Nunca hemos visto una oveja tan mansa y bella. Llama ahora al corderillo y éste corre a su encuentro. Se roza con su piel, huele a su madre y justo en el rodal de hierba se pone a

retozar. Es una gloria ver a estos pequeños animales formando grupos de diez o doce y mientras la manada pasta arropada por la paz y luz de la pradera los corderillos retozan. Se dedican a correr de aquí para allá, saltan por las torrenteras, las rocas, el arroyo. Es una gloria ver espectáculos tan sencillos, limpios y hermosos. Y las guías para los turistas están por todas partes. En sus páginas y por mucho tiempo nos seguirán diciendo que lo de estas cumbre es una llanura que se queda perdida en la inmensidad de la naturaleza.

Ni se aleja ni se acerca sino que está aquí. Justo donde tiene que estar y no en la inmensidad.

- Aquí uno tiene que buscar la forma de traer cada día un poco de ilusión nueva a su alma para así mantenerse por encina de la monotonía y lograr que la vida tenga sentido.

Nos aclara el pastor.

- Los que vienen lo que más ponderan es el paisaje. Esta vida bucólica nuestra, el silencio y algunas cosas más. Pero pocos nos traer algo y estoy pensando en cosas materiales, sino en lo invisible, común a todos los seres humanos que nos conecta con la inmortalidad. Hoy por fin he logrado mi sueño: de estas cumbres tuve que retirarme

a lo más escondido del corazón y ahí, dejado de todos y todo, he encontrado el camino. Lo que queda atrás está en manos de Dios, lo ha visto y lo sabe todo. Lo que he vivido y esperado a lo largo de tantos años y horas de soledad y aquello otro que he soñado tarde tras tarde mientras la lluvia cae, las nubes pasan y los pájaros cantan. Por esto hoy estoy seguro que la Humanidad tiene muchas cosas equivocadas y de haberme dejado llevar por ella también me habría alejado del camino. Pero a tiempo descubrí el camino íntimo y de aquí que hoy, esta mañana si pudiera abrazaría todo cuanto guardo en mi recuerdo. Uno ha de tener siempre presente una escaña de valores porque no todo tiene el mismo valor ni da igual hacer esto o aquello con amor o sin él.

Le hemos escuchado en silencio. Sorprendidos y absortos. Sin buscarlo ni pretenderlo hoy descubrimos aquí un trocito más del gran tesoro latiendo y desparramado en las sierras. Saben ellos y yo también que no solo son pinos, rocas, monte o arroyos lo que en estas sierras palpita. Ni lo hemos notado y ya el día está muy avanzado. Calienta el sol y al mismo tiempo corre aire fresco. Sobre las cumbres de estas sierras siempre el

aire es puro y fresco. Nos alejamos del pastor despidiéndolo y seguimos la ruta. Dirección Peña Corva que es el punto de nuestro interés. Y como es la primera vez que andamos por los paisajes de estas singulares tierras ni sabemos el camino ni por qué lado de la roca es más fácil coronar. Intencionadamente hemos evitado preguntárselo al pastor. Por aquello de vivir la experiencia con la frescura de la primera vez y sin más información que la que el corazón va dictando. Es nuestra particular filosofía.

Desde donde el pastor nos vamos campo a través descubriendo los rincones de la hierba, los manantiales brotando, los majuelos clavados en su tierra, las rocas alzada en las lomas y por las hondonadas y, sin prisa, gozando de la belleza de estas tierras. Avanzamos buscando a la roca que sobre el horizonte se alza grandiosa como si estuviera esperando nuestra llegada. Todavía lejos de ella cruzamos el carril que por el lado de arriba de la casa del pastor viene atravesando las tierras y se alarga para el Pardal. Buscamos el mejor terreno para entrarle a la roca por el lado del sol de la tarde. Por este lado la subida es muy cómoda. Comenzamos a

remontarla y ni siquiera tenemos la sensación de estar escalando el picacho que en realidad es Peña Corva. Este es uno de nuestros primeros descubrimientos ya sobre la cumbre de la Peña. Por el lado del poniente la cumbre se diluye suavemente con las ondulaciones de la colina y ésta con la suavidad de la pradera y llanura.

Mas que recodo, por este lado, es como un gran terraplén muy inclinado por donde crece la vegetación y abundante hierba. Es muy fácil la subida por este lado. Las panorámicas se nos van abriendo en todas las direcciones. Más para el lado sur que es por donde el valle del Guadalquivir. Peña Corva se eleva sobe la cuerda a la altura de Coto Ríos. El día de hoy está muy limpio no muy normal en estas sierras y sobre todo cuando agosto derrama su sol por estas cumbres. Desde Peña Corva se divisa medio mundo. Descubrimos despacio para asimilarlo y gustarlo hondamente la amplia sierra que esta atalaya nos regala. Recuerdo que hace unos días leí el Madoz lo siguiente: “Peña-Corva: sierra en la provincia de Jaén, situada a 3 leguas SE. de Villacarrillo, la cual forma el límite del término de dicha villa con el de Santiago de la Espada, divisándose desde

su cumbre casi todo el territorio de la Provincia”.

Es un poco exagerada la expresión “Casi toda la provincia” pero es mucho lo que desde Peña Corva se ve. Ya estamos en lo más alto, en la pequeña llanura que forma la misma roca. Nos asomamos al precipicio con prudencia lógica. Es por el lado del levante por donde se abre el abismo. Por aquí la roca se presenta cortada por completo el vertical y la altura a nosotros nos parece por lo menos doscientos metros. Lo que estamos viendo desde el punto donde nos hemos situado es como voy a decir: un corte vertical casi aplomo para abajo. Pero la roca no es exactamente lo que desde donde estamos vemos. Y es que desde donde nos hemos situado no se ve bien ni la roca ni la singularidad de esta curiosa Peña Corva. No vemos la “Curva” características sobre la que se apoya el nombre de “Peña Corva”. Que significa Peña Curvada, arqueada, torcida. En este momento todavía no sabemos en qué sitio tiene la curva esta roca ni cómo es esta curva.

Pero he dicho unos renglones más atrás que expresamente hemos pretendido acercarnos a esta

simbólico monolito rocoso envueltos en la ignorancia. Queremos descubrir por nosotros mismos para vivir la emoción de lo desconocido. Queremos sentirnos ignorantes de verdad para respetar y dar gracias. Para así gozar el encuentro, la belleza de lo nuevo, de lo por primera vez. Es esta una sensación muy hermosas que se graba en el alma con la fuerza de lo que es virgen. Creemos que de este modo nuestro descubrimiento será único al no estar ni viciado ni manchado por nada. Que cada cual se haga de estas sierras la idea que quiera y diga aquello que le parezca porque nosotros prescindimos de ellos y metemos dentro del alma aquello que el Universo nos regala en nuestros pasos por estas muy queridas montañas.

Sobre la plataforma de la roca gozamos el momento. Dejamos que el viento nos roce con su mano de amigo amable y refrescante. Recibimos la belleza que nuestros ojos ven a lo lejos y cerca. Dejamos que por nuestro cuerpo se incruste el vértigo de la altura arropados de soledad y silencio y como el momento es tan intenso y en una dimensión tan elevada descolgamos nuestras mochilas y nos ponemos a comer. Ya es tarde y de

verdad tenemos hambre pero lo que más nos subyuga es el lugar, el marcho, el momento y lo irrepetible de la escena.

- ¿Cuándo volveremos otro día?
- Solo Dios sabe si volveremos otro día.
- Y si lo hiciéramos ya nada será exactamente a lo de hoy. Porque lo de hoy es como si por primera vez nos hubiéramos asomado al mundo.
- Mañana, ni siquiera nosotros seremos los mismos.
- Por eso lo de este momento es irrepetible. Merece la pena guardarlo con la fuerza de la vivencia única en nuestras vidas.
- Es como decía Walt Whitman: "Una hoja de hierba no es menos que el trabajo realizado por las estrellas y que las hormigas es igualmente perfecto y un grano de arena y el curso del arroyuelo". En otro lugar este mismo autor dice: "La zarza mora podría adornar los salones del cielo. La oveja que pace con la cabeza agachada supera a todas las estatuas".

La realidad y la fuerza de estos versos la vivimos, la descubrimos justo hoy y en este momento. Y además estamos viviendo y tocando algo aun mucho más grande

y bello que una hoja de hierba o la figura de una oveja pastando. Esta roca, en medio del más sencillo y espléndido paisaje natural ha sido modelada por el elemento que es principio de toda belleza: el agua. El mejor escultor de todos los tiempos llevada de la mano del viento y la mirada cariñosa del Creador. ¿Cuántas gotas de lluvia se habrán roto sobre esta roca? ¿Cuántas ráfagas de viento han frenado aquí su fuerza? ¿Cuántos copos de nieve se han posado en las laderas y cúspide de esta estatua? ¿Cuántos rayos de sol, cuántas noches, cuántos días, cuantos inviernos y primaveras a lo largo de años y años?

Y aquí nos la hemos encontrado: clavada en lo más solitario de esta cumbre con la gallardía y fuerza de lo bello por excelencia. Se le ve rasgada por algunas partes, desgajada por otras, engalanada con pequeñas matas de hierba hasta lo más alto, pulida por la cara del sol de la tarde de pasar y pasar el viento y la lluvia, dividida en bloques aunque unidos por la fuerza del hielo en las noches frías, abrazada por las nubes que día tras día surcan estas cumbres, contemplada desde el valle por los turistas y besada amorosamente por el silencio donde late

y respira Dios. Aquí está Peña Corva y siendo tan bella hoy nos alegramos encontrarla tan sola y limpia. Porque no está ni manchada ni dañada por los humanos ni tampoco la tienen incluida en catálogos o guías para turistas. Puede que no tarden mucho pero en estos momentos queda fuera del interés de unos y otros. Nos alegramos que aun tenga el brillo virgen que solo la naturaleza y el Creador sabe dar a las obras predilectas. Forma parte de ese infinito bello desorden del Universo para recordarnos a los humanos que lo hermoso y auténtico es esto y no las obras que salen de nuestras manos.

Esto sentimos y gozamos mientras saciamos el apetito en compañía del viento no lejos del cielo y en un rincón muy especial de la tierra. Desde la cuerda de las Banderillas planeando avanzan para nosotros un grupo de buitres leonados. Son los que tantas veces tengo vistos surcando los limpios cielos de esta Parque Natural. Los reyes de estas soledades limpias que a diario planean en busca de su alimento. Recuerdo ahora que años atrás algunos científicos trabajaron en este parque estudiando distintas especies. Creo que se han hecho ya varios

censos sobre los buitres de estas sierras.

Hemos dejado que pase el tiempo. Sentados en nuestra particular atalaya vamos terminando de comer y como en un juego tranquilo con la armonía de la roca y el valle que la sostiene nos movemos da acá para allá. Sin buscar nada pero buscándolo todo para llenar el alma y escudriñar todos los matices de la roca. Queremos sacarle todo el gozo que sea posible y también al viento que acaricia desde el valle, a las cumbres que absortas nos miran desde las lejanías y al perfume que mana de las praderas. Todo es tan mágico y regala tanto placer que es como si hubiéramos pretendido irlo gustando poco a poco para que así dure más.

Siguiendo la arista que es borde en el acantilado me voy bajado para el lado de Coto Ríos. Cada paso es una emoción nueva, un perfil distinto y un paisaje diferente. El precipicio sobre coge por la altura, las aristas cortantes y l vegetación en lo hondo. Me voy convenciendo que en toda la sierra de este Parque Natural no existe un paisaje como este de Peña Corva. He descendido un buen trozo pero sigo en lo alto de la Peña. Me paro y miro para atrás.

Al verlos quedo sorprendido. Siguen en el mismo rellano que la roca ofrece en el punto más alto. Es justo donde hemos estado comiendo. Pero ellos, como yo cuando hace un rato estaba ahí, no pueden ver lo que desde mi situación sí veo ahora.

Potente, cobre el cielo, destaca el pico de la roca del mundo y desde el aguilón cayendo para el valle, la formidable curva que le da nombre. Mis ojos se abren y asombrados lo ven. La Peña y la Corva. La peña es como una robusta columna que se eleva desde el verde de la hierba y el ocre de la tierra y sube y sube como si quisiera agarrarse a las nubes. La corva es como una media luna con una punta en la parte más alta de la Peña y la otra, doscientos metros más abajo clavada en la tierra entre los pinos y bloques de rocas calizas desprendidas de la unidad principal. Es como un semi círculo, como media luna alzándose desde el barranco, la curva metida para dentro y los dos extremos en forma de lanza amenazante. Por el espacio que deja la curva, al fondo, la llanura de Jabalcaballo, el pico de la Morra y a la derecha la Morra de los Cerezos.

Los llamo. Quiero advertirles que están casi suspendidos en el vacío pero como no ven lo que sí mis ojos ni se inmutan. Preparo la máquina de fotos, disparo y sigo bajando. Se vienen para el punto en que he gozado la excepcional perspectiva y cuando ya estoy en lo hondo los oigo exclamar el asombro que hace unos minutos he gozado yo. Seis minutos después nos juntamos en la senda que, pasando por debajo del grandioso arco de la Peña, desde estas cumbres desciende para Coto Ríos. Regresamos en busca del coche avanzando por entre los pinos. Sabemos que en estos momentos pisamos tierras del término de Santiago de la Espada. Y también sabemos bien que este pueblo queda muy lejos.

Mientras recorremos el camino de regreso, de vez en cuando paramos y miramos para atrás. Nos gusta ver la figura de la Peña recostada en el horizonte. Nos gusta verla mientras nos alejamos de ella al mismo tiempo que la despedimos. Ha sido un momento corto de tiempo pero intenso de emociones. Es la primera vez que venimos a este rincón de la sierra. Nos ha gustado mucho. La Peña con su curva alzada en lo más alto de la cuerda no tiene igual en toda la sierra. Tampoco tiene igual la figura del

terreno por esta parte de la cordillera ni la llanura al norte ni el barranco al sur. En la región del espíritu hoy nos hemos enriquecido un poco más al tiempo que ahora sentimos algo de pena. ¡Es tan hermoso este rincón! Nos gustaría quedarnos por aquí y plantar las tiendas.

- Hasta la llegada del otoño.

- Y el invierno ¿qué?

- ¿Y la primavera y el verano y…?

- Sería una experiencia muy bella quedarnos por aquí y plantar las tiendas. Con las primeras lluvias del otoño se alzan las nieblas. Con las primeras nieves del invierno los campos se visten de blanco. Con las primeras flores de la primavera las praderas se llenan de colores mariposas. Con los primeros calores del verano las fuentes se engalanan con los berros y las palomas revolotean por entre los pinares. Sería tan bonito todo esto por el rincón de la Peña que quiere irse al cielo que aunque pudiéramos hacerlo real seguiría pareciendo un sueño.

Canto a Peña Corva

Cuándo volveré yo a la libertad
que en el día del silencio
acabo de gozar
sobre el balcón del cielo.

Pasarán los años
sin que los sienta pasar
y lloverá sobre la tierra
azucenas blancas de mar,
caerán las nieves,
serán hielo azul cristal
y aunque lo sueñe cada noche
¿Cuándo mis ojos volverán
a gozar del balcón del mundo
como hoy, en libertad?
Cuando sea libre
como la lluvia clara,
cuando ya no tenga sobre la tierra
ni nombre ni casa,
¿En qué rincón de estas sierras,
roca noble hermana,
me permitirá Dios que plante
la eterna morada?

Mis ojos te han visto una vez
cuando a solas lloraba
y era sombra por los olivares
y al alba,
cuando ya un día sea libre
quiero ser contigo alma
para gozar de las estrellas
mil siglos por mi soñadas.

Roca pedestal en la cumbre
de lluvias empapada,
de cielos estrellados
en noches claras
y henchida de hielos
nardos esmeraldas,
desde tus brazos he visto
el azul del alba.

Tu nombre me llevo conmigo,
tu piel de plata,
tu viento purísimo,
romero y mejorana,
para amarte en la lejanía
de mi cárcel llana.
Que Dios un día me permita
plantar en ti mi morada.

El perfume eterno

Aquella tarde se le vio bajando por la loma larga que cae desde la Morra, grandiosa y ancha, y venía desde el poyo de la hierba por donde ya la casa se desmorona y se pudre y se la come el sol y calla como él que solo mira y siente como le habla la tierra que ahora da setas de cardo por entre las piedras blancas.

Aquella tarde del mes de marzo se le vio cuando solo bajaba por donde todavía va la senda y en cuanto cae se encaja sobre la tierra dulce del collado que a ambos lados se derrama y al llegar a este rincón, huerto de la mejorana, se vino para el sol que caía. Mudo, en calma, como si temiera pisar la tierra o como si no tuviera ganas de andar más por este suelo o como si tanto pesara el momento y el aire fresco que ya no pudiera con él a pesar de la luz tan clara.

Aquella tarde se le vio, espíritu aunque las canas le cubrían la cabeza y según ya desde el collado bajaba se paró frente a la tierra que conoce y ahora es blanca y allí se quedó mudo, mudo, inerte como una estatua observando que por la tierra y la verde mejorana, lo que

más había era soledad, con un manto de tela de araña que tapizaba y cubría como en un juego de seda y hada que al mismo tiempo que es hermoso, también quema y amarga.

3- Tolaillo, Peña Amusgo

La ruta

Tolaillo es el nombre de un monte que mide 1609 metros. Se alzan en las sierras de Segura por encima de una bonita aldea llamada El Ortuñedo. Al Tolaillo se llega desde esta aldea, desde el lado del arroyo de las Espumaredas y desde otros puntos pero no tan fáciles de andar. Peña Amusgo es una gran roca clavada en las laderas norte del Tolaillo. En realidad es uno de los extremos de este pico que tiene una figura un poco parecida a una estrella de cuatro puntas. En el corazón de esta estrella se eleva Tolaillo y en el lado norte Peña Amusgo como a un kilómetro o así del centro. Esta Peña es visible desde el valle del Guadalquivir a lo largo de la extensión que va desde Hornos de Segura hasta el Cerro del Almendral por donde el Parque Cinegético.

La ruta que voy a describir no lo es en sí porque en nada se parece a las rutas que se ofrecen a los turistas en paneles sobre el terreno, guía o mapas. Cuando nosotros la hicimos la fuimos descubriendo desde la ignorancia al igual modo que todas las primeras rutas que trazamos en los primeros tiempos. Algo de la experiencia vivida la dejé escrita pero se verá que no se ajusta a la descripción de una ruta clásica. No era esto lo que nos importaba en aquellos primeros tiempos ni es esto lo que me importa tantos años después. El recorrido lo hicimos en dos días durmiendo en pleno campo dos noches pero se puede hacer en un día. La distancia recorrida por nosotros es casi de diez kilómetros. Y por último digo que hay agua en varias fuentes por donde pasa la ruta.

La vivencia

Llevamos tiempo queriendo conocer esta parte de la sierra pero una vez y otra las cosas no salen como se planean. En esta ocasión sí hemos echado mano a los mapas y libros. Sirven hasta cierto modo. Algunos buscan nombres de los sitios y para explicarlos se van muy lejos de estas sierras. Casi todos los nombres que fui

descubriendo en estas montañas tienen sus raíces en estas mismas montañas y en las personas que las habitaron, cosa que me agrada mucho. Los serranos nunca echaron mano de libros ni de bibliotecas para ponerles nombres a las tierras que a diario pisaban. Siempre ellos han sido muy sencillos sin que con ello quiera decir que carecieran de riquezas. Son las mejores personas que nunca conocí. Y en mucho, repito mucho, nos ganan abundantemente.

- Que no hombre. No es a los libros o mapas donde tenemos que ir para buscar las bellezas de estas montañas. Para llegar al río, escalar la montaña, gozar del aire fresco y descubrir la vida y la muerte que esconde cada uno de los rincones y plantas de estas sierras hay que ir y rozarlo, tocarlo, besarlo, meterlo en el alma. Hay que meterse dentro hasta sentirlos trozos vital del alma y latidos profundos de la vida. Déjate de jugar a turista y anda la sierra sin más información que tu ignorancia ni más compañía que tu corazón soñando libertades.

Aquel día antes de llegar a Pontones nos desviamos por el carril de tierra. Rodeamos las Casas de Carrasco y

tras una leve subida comenzamos a descender buscando las blancas casas de la aldea. El Ortuñedo es como se llama esta aldea. Se clava en la ladera norte del valle del Guadalquivir, a la altura del nacimiento del río Segura pero vertiente al embalse del Tranco. Bajamos unos trescientos metros y aparece el pequeño letrero, unos mulos paciendo en las eras, varios perros que al vernos se nos ponen delante defendiendo su mundo, un coche, algunas casas y solo una persona. Un hombre que se afana en algunas tareas por la era y al vernos mira. Notamos que estaba esperando nuestra visita. En la misma era paramos, bajamos y como no deja de observarnos, lo primero es acercarnos, saludarlo y le decimos cual es el motivo de nuestra presencia.

- Pues Peña Amusgo es exactamente la gran mole rocosa que se ve desde el valle. Pero la Peña es algo más. Nosotros de siempre hemos llamado Peña Amusgo al Tolaillo.

- Queremos ir a los dos sitios. Al pico y a la roca.

- La roca queda por ahí detrás, en ladera norte del Pico Tolaillo un poco más metido para el valle del Guadalquivir. Desde Bujaraiza antes subía una senda que venía a Pontones. Todavía se puede descubrir esa senda por

algunos sitios. Pasa cerca de la peña que decimos.

Mientras hablamos observamos la soledad de las calles de esta sencilla aldea. No hay nadie. Ni personas mayores ni jóvenes. Todas las casas tienen las puertas cerradas. Le preguntamos:

- ¿Solo tú vives en esta aldea?

- Ahora sí. La gente se ha marchado a la aceituna. Algunos volverán para la Navidad y otros cuando termine la temporada. Este año me ha tocado a mí quedarme para cuidar de la aldea.

- ¿Cuántos sois en total?

- Solo seis vecinos. La vida en estos rincones de la sierra es dura y los beneficios muy escasos. La tierra da solo para ir tirando y como en estos tiempos ya no se puede echar ganado como antes ¿de qué vivimos aquí?

Hoy es uno de esos días de invierno redondo para estas sierras. A ratos llueva algo, no hace mucho frío, las nieblas cubren los barrancos y la hierba ya empieza a tapizar. Además de esto el día de hoy regala sabores únicos que el espíritu saborea un poco asustado. No es un día bueno según la civilización urbana pero para las

personas con raíces, tierras y casas por los rincones de estas sierras, estos son los días que más aprecian. Llueva y hace frío y las dos cosas son buenas para el terreno, las plantas y los animales. Para el turista y otros la lluvia es molesta y también el frío. También los malos caminos y la soledad que estas sierras regalan sin que nadie se lo pida. Para el serrano que vive y crece fundido con cada uno de los elementos de estos montes, la lluvia, la nieve y los hielos es pan y vida un día como el de hoy.

Nos preparamos y siguiendo las indicaciones que nos da arrancamos por detrás de la aldea buscando la senda que desde lo más alto de la cuerda desciende a media ladera. En cuanto remontamos unos metros la aldea se nos queda como aplastada en el barranco por el lado derecho y sobre la ladera. Atravesamos el bosque de pinos y volcamos para la vertiente del arroyo de las Espumaredas. Coronamos un pequeño montículo. Desde el lugar la visión es amplia y bella. A nuestros pies una gran depresión. Es la cuenca del arroyo de las Espumaredas. Más lejos la molen de la Campana, las Banderillas y por detrás las llanuras de Pontones, el nacimiento del río Segura y los rincones por donde

algunas aldeas quedaron medio destruidas. Por entre el perfil de la montaña, el color verde oscuro del monte, el naranja de los quejigos y el blanco de las rocas, casi late el trajín de la vida. Los sueños de todos los que un día tuvieron que abandonar sus tierras. Con solo pensar este mundo tan preñado de vida un escalofrío recorre las carnes.

Para nosotros hoy pensar en aquellos que durante cientos de años poblaron estas sierras y un día fueron echados, tropezárnoslo por aquí, hablar con ellos, observarlos y conocer sus secretos, nos llena de emoción. No están pero parece que estuvieran. Los descubrimos por entre el denso silencio de los paisajes y, nadie nos lo dice pero sabemos que ellos sí están llenos por dentro. Son libros, enciclopedias, tesoros nobles tallados y pulidos por las lluvias, nieves y silencios. Gozamos de los paisajes y continuamos. Descendemos del pequeño montículo y seguimos la senda. Ahora discurre bordeando al Tolaillo por el lado del levante. Por esta zona la vegetación predominante son los pinos que repoblaron cuando echaron a los serranos. Caminamos en silencio. Voy amasando en mi mente las veredas, fuentes y aldeas

de esta ladera. Y digo aquí ahora que esta ladera es de lo más grandioso que hay en estas sierras.

Se fragua a partir del río Borosa y muere por donde el arroyo de la Garganta y el pueblo de Hornos. Una enorme extensión de terreno que a los lados queda limitada por la cuerda de las Banderillas, al sur y por el valle del río Guadalquivir, al norte. Muchos barrancos, cañadas, llanuras vaguadas, cuencas, picos y laderas se desparraman por la enorme umbría que vengo describiendo. Y en casi todos estos barrancos brota un manantial. Por eso quiero decir que esta porción de tierra es de la más rica en agua en todo el Parque Natural. Además de los ríos Borosa y Aguasmulas se despeñan por aquí los arroyos del Hombre, de las Espumaderas, de Montero, de la Cuesta de la Escalera y de la Garganta entre otros. Porque hay muchos más arroyos de entidad un poco menor. En casi todos estos arroyos hubo cortijos serranos y en las partes altas, aldeas como Los Villares, Casas de las Tablas, Las Canalejas, Los Centenares, Las Huelgas, Las Espumaderas, La Agracea, Hoya del Cambrón y la Garganta. Estas son las derribadas y poco a poco olvidadas. Las que se quedaron sin destruir cuando

lo del Patrimonio Forestal y luego el Coto Nacional son El Artuñedo, Montalvo, Los Goldines, la Ballestera, La Parrilla y La Capellanía. Dejo fuera de este comentario las aldeas y cortijos refugiadas por el valle del Guadalquivir como Bujaraiza, Hornos el Viejo y otras.

Los cortijos por esta grandiosa porción de terreno fueron muchos. A estos les llegó más de lleno la desolación de aquellos tiempos. Pocos han sido los que escaparon del expropio y el derribo. No los voy a relacionar porque son muchos pero por poner algunos menciono Roblehondo de los Villares, por donde eran al menos siete los cortijos, la Fresnedilla por el río Aguasmulas que también eran cuatro o cinco, cortijo del arroyo del Hombre, de las Grajas, de los Chuarras, de los Alguaciles, de la Campana, del Mulón, del Espartal, de las Malezas de Pontones, del Robledillo, de Eliseo, del Cura, de Montalvo, de Carmona y de Hoya de la Albardía y otros muchos. No es mi pretensión dar aquí una relación completa porque solo busco indicar lo importante que fueron y son las tierras que se recogen en esta enorme umbría.

Mientras avanzamos, a veces por senda y a veces campo a través, voy repasando en mi mente lo que ya he dejado escrito y otras cosas. Los pinares nos siguen arropando. Bajamos la ladera y en una pradera muy bella y sin pinos encontramos el manantial. Es el abrevadero del Tolaillo. El venero brota en la ladera y aquí mismo han puesto algunos tornajos. Son troncos de pinos laricios vaciados por dentro y puestos en fila para que el agua vaya pasando de una a otro. Beben en estos tornajos las ovejas y las cabras monteses. Observando a los tornajos repletos de agua pura se me viene a la mente que pinos como los que ahora son aquí pilas para que beben los animales fueron arrastrados por las aguas del Guadalquivir y del Segura hasta Sevilla o Cartagena donde los convertían en madera para viga o barcos. En estas sierras los serranos les dieron otra utilidad. La mejor y más importante, tornajos como los que ahora mismo tengo ante mí. Todavía hay muchos en los cientos de manantiales de estas sierras. La madera de estos pinos es muy dura. Estos tornajos pueden durar años a pesar de que el agua los va pudriendo poco a poco. Paramos. El agua invita porque brota limpia y está fresca. Hace tanto frío que en los tornajos el hielo cuelga decorando.

Pregunté yo un día a un pastor y me dijo:

- La construcción de los tornajos que hay en los manantiales para que beben las ovejas, te lo digo: primero se escoge un buen pino. Que sea alto y grueso. Se corta arriba y abajo y al madero que queda se le quita una astilla a todo lo largo pero solo en un lado. Por esta cara se vacía luego la madera del centro del tronco y se va modelando como una canal. Es una canal lo que en realidad sale del tronco del pino. Por esta canal es por donde se hace correr el agua y como en los dos extremos la canal tiene su pared, también de madera y del mismo tronco, el agua se embalsa. Como si fuera un pilar alargado y con poca profundidad pero lo suficiente para lo que se pretende. Estos tornajos, una vez preparados, se ponen en el chorro del manantial y en el mismo terreno solo que un poco inclinados para que el agua vaya pasando de uno a otro. De este modo siempre están llenos y como el agua se renueva sin para en todo momento está cristalina y pura. Va pasando de uno a otro en forma de escalón y son tantos como se quiera, en línea recta, en semi círculo o en zigzag.

Mientras vamos bebiendo nos dejamos cautivar por el rincón. Es bello, está lleno de paz, el silencio es profundo y parece como si en estos momentos estuviera invitando para que nos quedemos. Nos gusta y sobre todo por el paisaje del chorrillo y el agua tan buena que regala. Ya es tarde. El sol va cayendo al otro lado de las altas sierras por donde el Puerto de las Palomas, el Gililllo y Cerro Villalta. La intención es perdernos por estos barrancos y bosques a lo largo de varios días. Para la primera noche hemos venido a salir al mejor de todos los rincones. Lejos de la civilización, entre extensos pinares, en la hondonada de la ancha ladera y por donde el manantial regala vida, belleza, tranquilidad y mil sensaciones más.

- Ese es el sitio ideal para plantar las tiendas.

Señala para el lado de debajo de los tornajos. Por donde el arroyo todavía es solo un incipiente surco porque las primeras aguas se las presta el abrevadero del Tolaillo. Algo más abajo ya este arroyo tiene su nombre. Se llama arroyo de la Cerrada y es el que pasa justo por el lado este de Peña Amusgo. El Tolaillo es el que le da vida con el manantial de los tornajos y con otros.

Tengo que decir que en esta ladera hay muchos manantiales. Nacen en casi todas las hondonadas y es porque el Tolaillo, el Pedernalero y otras cumbres en las partes altas, son grandes depósitos de agua. Nieva mucho sobre estas cumbres y copiosamente y las lluvias también son abundantes. En las laderas hacia el valle del Guadalquivir brotan los manantiales a puñados. Por esta característica y por la fertilidad de la tierra es por lo que en estos paisajes se instalaron tantos serranos. Encontraron los dos elementos más necesarios para la vida: el agua y la tierra. El agua para regar y beber y la tierra para sembrar y cultivar. Pocos rincones hay en el mundo que tengan tanta agua como estas sierras y pocas montañas con tierras para cultivar y que sean tan buenas.

Nos retiramos de los tornajos. Bajamos un poco entre los pinos buscamos un lugar apropiado. Encontramos una llanura muy recogida bajo un bosquecillo de pinos. Recogemos ramas y en el mismo cauce del arroyo, sobre un lecho de arena seca, ponemos las tiendas. La mía es individual y por eso pequeña y la de ellos redondica y ligera. Mientras preparamos el campamento para solo una noche lo pasamos bien. La

ilusión de dormir al aire libre, perdido por entre los bosques y barrancos de estas sierras, nos llena de vida. Y esta experiencia es mucho más gratificante justamente en la época que hemos elegido. Pleno invierno pero cuando todavía las nieves no han caído por estas montañas. Antes de que oscurezca, no lejos de las tiendas y también en el regajo del arroyo y la arena preparamos para encender el fuego. Tomamos todas las precauciones necesarias y como en estas fechas la vegetación está húmeda y hay copo pasto no tememos provocar un incendio. Vamos a encender lumbre porque hace mucho frío y las noches en invierno son largas.

Se hace de noche antes de que lo notemos. El frío aumenta. El aire que corre roza hiriendo de tan frío. Con las linternas subimos hasta los tornajos que nos quedan a solo unos metros de las tiendas. Ya encontramos el agua helada. Toda la superficie se ha convertido en un puro bloque de hielo. También se han helado todos los charcos que desde los tornajos van cayendo para el arroyo.

- Si esto es ahora cuando amanezca mañana ¿qué será?
- No vamos a morir de frío esta noche.

Pero en el arroyo, junto a las tiendas, prendemos fuego a los troncos de pino que hemos recogido de entre los pinares. El momento es realmente bello. Hace mucho frío pero las llaman animan y calientan mucho. Alrededor de estas llamas nos sentamos. El calor de la lumbre nos conforta. Su brillo contra el fondo de la oscuridad de la noche es muy bello. Iluminan los troncos de los pinos más cercanos y las rocas. Parecen fantasmas que emergen de la densa oscuridad que ahora envuelve a estas montañas. Pero no son fantasmas sino nuestro bosque amigo que nos rodea y abraza para que el momento sea más bello.

- ¡Qué noche tan bonita!
- Con este frío, el calor que regalan las llamas, el silencio cubriendo y en la hondonada de estas cumbres la noche es de verdad mágica.
- Si pudiéramos guardarla tal como en estos momentos es, para gozarla durante mucho tiempo.

Y entonces digo:

Noche de invierno
con frío y escarcha,
silencio,
se oye el agua correr,
cruje el hielo,
danzan las llamas
y son universos
en lo hondo del alma.
Noche emergiendo
de entre las ramas
y el arroyuelo
que asombrado calla.

Estrellas en el cielo
que también regalan
redondos besos
de sueños con alas.
Noche irreal
que dulce abrazas
donde todo es lejos
y la hierba es blanca,
tan redondo el momento
que no falta nada,
la eternidad y el cielo
aquí mora y danza.

De los tornajos del hielo hemos cogido agua. En el jarrillo la ponemos a calentar sobre las ascuas y en unos momentos tenemos un buen sorbo de sopa calentita. La saboreamos y sabe a montaña con hielo brotado del manantial y a sombras de pinos que esperan la primavera. Cortamos pan y algunos trozos de embutido. Frente a las llamas y sin prisa lo vamos saboreando casi en silencio total. Hablamos muy poco porque sabemos que a la montaña y a la noche que sobre la montaña se derrama se le sacan más sensaciones cuanto menos palabras y más abrazo con ella. De postre cogemos algunas de las frutas que hemos traído en las mochilas y cuando ya damos por terminada la cena nos quedamos

frente a las llamas. Recostados en las rocas, en el terraplén, en los troncos de los pinos y al frío que ya atraviesa la noche. Por un lado las llaman calienta y confortan, por otro lado el frío hiere e impregna de pureza. Seguimos en silencio. Canta un cárabo. Se oyen los gruñidos de los jabalíes que se acercan a los tornajos. La danza de las llamas concentra nuestras miradas. Dejamos que avance la noche porque no tenemos prisa. Justo en estos momentos no tenemos que ir a ningún sitio. Dejamos que la helada vaya cubriendo de blanco las pequeñas briznas de hierba. Dejamos que el viento acaricie y se vaya luego por entre los pinos.

Uno comenta:

- Algo que me gustaría mucho, más que nada en esta vida, es llegar un día a sentir amor por estas sierras.
- Eso sería estupendo. Si llegaras a ello. Solo sentir el deseo ya es una forma de amar.
- Lo digo porque algo dentro de mí rechaza frontalmente la idea de sentirme un día simple turista por estos rincones. No sé diferenciarlo pero creo que el turista del montón y el que al andar los caminos de estas sierras, ama, no son la misma cosa.

- También yo creo que es así. El simple turista parece que solo busca la contemplación de los bellos paisajes, el espectáculo de la cascada, el asombro de los charcos que refrescan en verano y la sensación que producen la figura de las cumbres recortadas en el horizonte. El turista se puede quedar embelesado frente al bosque y las praderas pero creo que eso no es amor. Para llegar al amor es necesario gustar dentro. Me agradaría mucho que un día yo pudiera sentir esto.
No hay más palabras.

Decidimos irnos a las tiendas. Estiramos los sacos. Nos metemos dentro. Es tan intenso el frío que lo que más apetece es acurrucarse y prescindir de todo lo demás. El sueño no tarda en llegar. El calorcito que dan los sacos es tan agradable que dormimos toda la noche de un tirón. Ninguno de los que formamos la expedición ni se levanta ni se despierta a lo largo de toda la noche. Ya amaneciendo algunos ruidos por donde los tornajos sí me despiertan a mí. Abro mis ojos. Saco la cabeza de entre las mantas. Abro los ojos y las oscuridad de hace unas horas se ha evaporado. Ya es de día. Me estiro, abro la tienda y al mirar descubro que ya los campos están

bañados por los primeros rayos del sol. Desde lo alto de la cumbre los rayos caen por la ladera hacia el valle del Guadalquivir. Al otro lado del valle las laderas quedan bellamente bañadas por los tonos de este primer sol del día. Por las cumbres del Almagreros, las Lagunillas y Bujaraiza. Por los barrancos las sombras aun se alargan frías y oscuras. ¡Qué amanecer más bonito!

Pero es espectáculo se concentra en las copas de los pinos. Sesgadamente los rayos del sol que entran por la cuerda de la cumbre, bañan las copas de todos los pinos desde mi tienda hasta por donde Peña Amusgo. Solo las copas y no todas sino las de los pinos más recios y esbeltos. El resto del paisaje es silencio profundo pintado de escarcha y salpicado por las sombras. Unos metros más arriba se oye el chorrillo de los tornajos. Cantan algunos pajarillos ya desperezándose por entre las ramas del bosque. Corre una leve ráfaga de viento. La sensación es de un bosque nuevo abierto a un nuevo y claro día que comienza a estirarse sin prisa. Tampoco nosotros tenemos prisa. Hoy tenemos todo el día para andar por estos rincones de la sierra y el plan es movernos por aquí y explorar a fondo los rincones.

Salimos de las tiendas. Todavía no se han apagado las ascuas en la lumbre. Avivamos los tizones y nos ponemos a preparar el desayuno. Subimos a los tornajos a por agua y para lavarnos un poco. En los tornajos todo está helado. Tanto ha sido el frío de la noche pasada que la superficie del agua en los tornajos tiene una capa de hielo de más de cuatro dedos. El chorrilo no se ha helado. Del chorrillo cogemos agua para lavarnos y para el desayuno. Está tan fría que solo mojar las manos duelen. En el pelo el agua se convierte en hielo. A estas horas de la mañana la temperatura es muy baja. Mucho más baja que por la noche cuando meditábamos frente a las llamas. Casi toda la ladera que cae desde los tornajos para el arroyo se ha helado. Cuando el agua se escapa de los tornajos se va por la ladera llenando de charcos y de humedad la tierra y las plantas. Todo está ahora mismo vestido con el transparente color del hielo. El espectáculo es maravilloso. Por un lado el sol pintando de oro pinares y laderas y por otro, el frío esculpiendo carámbanos y placas de hielo.

Regresamos a donde las tiendas. Preparamos el

desayuno. Leche calentita, tostadas de aceite con tomate, unas lonchas de jamón y algo de fruta. Qué bien saben estos alimentos en un amanecer como el de hoy y en rincón tan singular. El calor de las ascuas todavía confortan un poco más. Seguimos sin tener prisa y ahora quizá un poco menos. Es tan bonita la mañana y la hemos soñado tanto que sentimos la necesidad de gustarla lentamente para que dure más y sepa mejor. Frente a las ascuas las todas se doran y sobre ellas el aceite de oliva brilla puro. Es un buen desayuno este. Muy sano porque el agua acaba de salir de las entrañas del Tolaillo. El pan tostado en lumbre de leña con aceite de los olivares de Jaén nos regalan sabores únicos y sanos como pocos. Vamos terminando sobre las diez de la mañana. Ya el sol baña casi toda esta ladera. En invierno los rayos del sol por aquí llegan muy tumbados y por eso calientan poco. Hay rincones de estas laderas donde no da el sol en todo el día. Ya dije que esta zona de la sierra es umbría y cuando más se nota es en los meses de invierno.

Vamos terminando el desayuno y recogemos. Los sacos, las mantas, los alimentos, las tiendas. En menos de media hora ya caminamos buscando la senda. La

hemos encontrando bajando por la ladera del Tolaillo casi derecha a Peña Amusgo. La peña nos saluda a menos de un kilómetro más abajo. El Tolaillo alcanza los 1609 y la Peña 1453 metros. El desnivel es de unos doscientos metros. La senda desciende por la ladera, se mete por un bosquecillo de enebros y sube levemente. No tarda en salir a un raso y al frente ya se ve la Peña. Con las mochilas acuestas avanzamos cortando la mañana y el frío que la mañana regala. Un sabor dulce paladeamos dentro. La ilusión de llegar a la peña nos sacude el alma. La sierra se nos abre silenciosa pero generosa y vestida con un traje muy bello. Es como si se hubiera engalanado para darnos la bienvenida y recibirnos. Se nos abre silenciosa, humilde y bella como una reina. Amorosamente amiga. La sensación es muy agradable. Como de una realidad ajena por completo a la realidad de los humanos y todo el Planeta Tierra. Como si fueran dos mundos por completo diferentes. Un poco más allá de estos paisajes, envidias, opresiones, odios, violencias, miserias y luchas sin honor y sin sentido. Y por ahí también humos, edificios, asfaltos, ruidos, suciedad.

Dentro de la quietud que la mañana y la sierra nos

regala, silencio, viento acariciando como en un juego, sol limpio y con tonos oro, arroyos que bajan y también juegan con las rocas, nubes decorando un poco más el escenario y en el centro de todo esto, nosotros recién levantados y en un paseo de amor y amistad con estas sierras. En el fondo no buscamos nada y sí lo buscamos todos y quizá por eso nos sentimos plenos. No hay caricia en el mundo más dulce y pura como la que nos regala la recién nacida mañana. Sencillamente sentimos que somos aceptados sin ningún tipo de rechazo y eso robustece mucho por dentro. Somos aceptados tal como somos sin que se nos pida nada a cambio. Es esta la fuente de la limpia sensación de bienestar que estamos experimentando. Todo cuanto nos rodea nos transmite su amor sin prejuicio alguno. Sin preguntar nada. Sin tener en cuenta nuestros pecados o virtudes.

Precisamente ahora sentimos algo nuevo. Una realidad bella que nos acerca más a la esencia última de nuestro ser, al Universo, a Dios. Ya estamos en lo más alto de la roca de Peña Amusgo. Uno de ellos dice:

- Una vez más palpo el gran secreto de la naturaleza.

Un poco extrañados por sus palabras y su tono lo

miramos. No es nada raro que por su mente y corazón tiemble algún sentimiento no común. El lugar y el momento agarran con la fuerza de lo único.

Hemos subido por el lado sur. Es la parte más fácil puesto que la roca está perfectamente clavada en la ladera. Por este lado hay trozos que están casi al mismo nivel que el terreno. Buscamos las grietas en la Peña y de un lado para otro recorremos la superficie que presenta en lo más alto. Por el lado norte cae el vertical para lo hondo del barranco. Presenta una parece casi de cien metros de altura. Tumbados en la superficie porque el vértigo nos hace temblar nos asomamos al precipicio. Marea solo verlo. En primer plano el bosque, los arroyos, la llanura de Bujaraiza, el embalse del Tranco, el pueblo de Hornos y cumbres que de tan lejos casi se pierden entre las bruma. Desde el muro del embalse siguiendo las aguas sube la carretera de los turistas. La que recorre el valle a todo lo largo y va llevando a los hoteles, campings, centros para los visitantes y otros puntos más que masificados y alterados. Sin embargo desde las cumbres de Peña Amusgo hasta la carretera de los turistas es bella. Se le ve arropada por los pinos y ceñida por el

abrazo del terreno. Hay trozos por donde brilla el asfalto y por ahí los coches para un lado y otro.

Los que van en estos coches son los turistas y sabemos que desde su puesto se ve esta Peña. Pero lo que se distingue es solo un gran monolito solitario y oscuro que sobresale por entre la vegetación. De ninguna manera nos puedes ver aunque si nos ponemos de pie y hacemos señas al lo mejor distinguen algo. Mientras vamos recorriendo cada centímetro de la roca que por fin tocamos en nuestras mentes intentamos comprender el tiempo, la historia, los movimientos y las formas que en este peñasco hay condensado.

- Según los científicos este peñón ha surgido de las profundidades del mar y tiene millones de años.
- Así es aunque nos parezca que no lleva aquí mucho tiempo y tengamos la sensación de ser los únicos que lo han pisado y tocado.

Sentados en la repisa rocas que mira para el levante con las amplias panorámicas que nos queda bajo los pies, comemos. No es muy tarde pero tenemos pensado un buen recorrido por tierras que desconocemos y este lugar

nos gusta. También porque queremos guardar el recuerdo. No muchas personas tienen el privilegio de gozar de un comedor como este. Es singularmente hermoso y por completo distinto a todos en el mundo entero. Por eso, mientras el sol nos calienta y la naturaleza se va desperezando, recreamos el espíritu y el cuerpo en la mejor de todas las sensaciones.

Una hora después bajamos de la roca. Ya podemos decir que hemos tocado con las manos y el alma Peña Amusgo y no poca cosa. Continuamos con la ruta. Buscamos la senda. Subimos un poco. Antes de llegar al barranco por donde hemos comido, torcemos para la izquierda, coronamos un pequeño puntal por donde los pinos laricios crecen espesos y altos y avanzamos despacio. No tenemos prisa y por eso paramos para recrearnos en los paisajes y el día. Cayendo la tarde volcamos para el barranco de arroyo Frío. Es el cauce que nace por las mismas casas de la aldea donde hemos comenzado la ruta.

Avanzamos siendo una bonita senda trazada por los serranos que poblaron estas sierras en otros tiempos.

Avanzamos y nos sentimos muy bien. La senda se divide en dos. Un ramal sigue a media ladera subiendo para la aldea y otro se tira para el arroyo. Busca los trozos de tierra que por este trozo del arroyo fueron huertas en otros tiempos. Hay tierras muy buenas por este rincón y el agua sobra como en tantos otros arroyos de estas sierras. Tocamos las tierras que sí fueron pero ya no son huertas. En uno de los bancales, pegado a la noguera que se pudre por entre las zarzas paramos. El arroyo queda a solo unos metros. Corre claro y trae mucha agua.

- Este es un buen sitio para poner las tiendas esta noche.
- Lo es porque tiene todo lo que necesitamos y más cosas que recrean limpiamente.
- Pues aquí nos quedamos.

No lo pensamos dos veces. Paramos, descargamos las mochilas y lo primero es una visita a la corriente del arroyo. En este barranco también hace frío pero no tanto como por las cumbres del Tolaillo y por los tornajos. Preparamos y en unos momentos instalamos las tiendas. Recogemos leña seca que hay mucha por aquí de tantos árboles como se han secado y casi todos son los frutales de las huertas. Se hace de noche enseguida. En el

barranco la noche llega antes que en otros sitios. Junto al fuego charlamos un rato, comemos y nos vamos a las tiendas. No ha sido una gran ruta la que a lo largo del día hemos trazado por estas sierras pero estamos satisfechos. Ya he dicho en otros puntos que nuestras pretensiones al recorrer estas montañas son las que son y por eso no necesitamos lo que a lo mejor otras personas sí. El rumor del agua saltando por el arroyo relaja como pocas cosas y el frío ayuda también. Esta noche, la cascada del arroyo, su chapoteo saltando por las piedras y cayendo al charco, el hondo silencio y la configuración del barranco, regalan sensaciones muy distintas y nuevas. De vez en cuando se oye al canto del cárabo retumbando por el barranco. Se oye algún mochuelo. En estas sierras abundan las rapaces aunque durante el día no se vean con facilidad. Esta noche hiela mucho. Para nosotros no es novedad porque poco a poco vamos aceptando las sierras tal como esta es. No nos importa que hiele y haga frío sino todo lo contrario.

Al amanecer del tercer día nos lavamos en las heladas aguas del arroyo, desayunamos, recogemos las cosas y emprendemos la ruta. Sabemos que es el fin.

Sólo nos separa de la aldea unas horas. Despedimos el rincón, subimos por la ladera, buscamos la senda y solo unas horas más tarde nos acercamos a la aldea por el lado del arroyo, extremo opuesto a por donde empezamos esta ruta. Antes de tocar las casas de la aldea, desde la era que mira al barranco, paramos y echamos una última mirada. Ya lo queremos aunque solo una noche hayamos dormido en él y tan rápida haya sido nuestra visita. Ya nos lo llevamos con nosotros y estamos seguros que lo recordaremos siempre. Y al escribir estas palabras soy consciente que siempre es siempre y no un decir.

- Aquí se quedan respirando su quietud y llenos de la majestad que les corresponde. Y la verdad es que ni se quedan ni se van. Ellos, con todos los demás arroyos, barrancos, fuentes, cumbres y valles de estas sierras, están, laten y respiran, se transforman, crecen y mueren en este trozo del Planeta y solo nosotros vamos y venimos de acá para allá siempre buscando lo esencial. Lo que de alguna manera debe llenar y saciar por completo. Nosotros somos los que continuamente buscamos porque tenemos necesidad de la vida total.

Llegamos a la aldea. Llamamos al que ya

consideramos nuestro amigo y al oírnos sale de su casa y lo saludamos.

- ¿Qué tal se ha dado eso?

Le decimos que se ha dado mucho mejor de lo que podamos contarle. Le damos las gracias por habernos acogido con sincera amistad desde el primer momento y le decimos que ya regresamos.

- ¿Volveréis?

Quiero decirle que al menos yo sí volveré aunque no sé cuándo. Pero también quiero decirle no me voy del todo porque entre los paisajes recorridos me he quedado para la eternidad. Quiero decirle que en mi corazón ya llevo grabado este trozo de la sierra y ahí permanecerá eternamente. Quiero decirle esto y otras muchas cosas. De alguna manera lo intentamos y algo más tarde ponemos el coche en marcha. Subimos por la cuesta y al llegar al collado echamos la última mirada.

El perfume eterno

- Tenía que preguntarte por lo de ayer.

- ¿A qué te refieres?

- A lo que decías de los pastores.

-¿Lo que hacía mención a ellos como elemento cultural en

los paisajes de estas sierras?
- No lo comprendí bien.

- Lo que vengo pensando, desde hace mucho tiempo, es que a los pastores de estas sierras se les debería ver y valorar de manera distinta a como hasta ahora ha sido. Los veo a ellos tan fundidos, parte y esencia de los paisajes de estas sierras, que creo es ahí donde han debido y deben guardarse para siempre. Si esto hubiera sido y fuera así los que antes tomaban decisiones sobre estas sierras y los que las toman ahora, tendrían que tener en cuenta la realidad atrás expresada. Que los pastores son una parte esencial en los paisajes y por ello valor también importante en la cultura y señas de identidad.

Claro que he llegado a creer que el hecho de que las cosas no hayan sido ni sea así va en perjuicio de todos. De la realidad y belleza sincera de la sierra que ahora quieren venderles a los turistas y de los pueblos y personas que andamos metidos en este mundo. Eliminar a los pastores de estas montañas o considerarlos extraños a ellas es un error malo. Primero porque es

sufrimiento para ellos y segundo porque los rasgos más singulares de estos rincones se perderían para siempre. ¿No sería mejor estar con ellos, respetarlos y amarlos para que su dignidad y la nuestra adquieran el honor que hasta hoy nadie ha reconocido?

4- Cabañas, toda la cumbre, ladera sur y nava nacimiento del Guazalamanco

La ruta

Al recorrido que voy a detallar a continuación no lo quiero llamar ruta aunque algo sí lo sea. Se desarrolla por uno de los parajes más bellos de este Parque Natural, el pico Cabañas y la cuerda por donde se prolonga este macizo y lo recorre muy singularmente. Cuando nosotros anduvimos este tramo y vivimos la experiencia de ningún modo lo configuramos como ruta sino como actividad para conocer los paisajes que ya amábamos sin haberlos visto. Así que ordeno un poco el recorrido pero no para que otras personas lo hagan sino para que se sepa nuestra experiencia. Recorrer y dejar escrita para siempre la vivencia es lo que me anima redactar estas líneas.

El recorrido empieza en Puerto Llano, corona al Tranco del Puerto Llano, remonta buscando la caseta de la cumbre y desde aquí se va por lo más alto de la cuerda dirección Puerto Pinillo. Recorre las cumbres de Pico del Águila, Puntal del Buitre, la Junta de los Cerros y antes de encontrarse con Puerto Pinillo, se viene para la ladera sur, baja buscando el carril de tierra, lo recorre en dirección nacimiento del arroyo de Guazalamanco, recorre la torrentera por donde va naciendo este arroyo y al coronar se encuentra con la nava de la Cerrada. Aquí descansa como si quisiera quedarse para siempre en el rincón y luego remonta al Tranco de Puerto Llano para encontrarse con el punto de partida. En total creo que son unos seis o siete kilómetros pero en este recorrido la distancia no importa mucho. Sí el paisaje y especialmente en la época que nosotros escogimos. Casi en todo momento discurre entre los 1900 a 2000 metros de altura por lo que podría encajarse en paisajes de alta montaña. Tuvimos la suerte que en las fechas escogidas para recorrer estas cumbres aun no habían caído las nieves. Con nieve es imposible andar por las crestas de esta cordillera.

La vivencia

Ha llegado la Navidad. En el pueblo de la Loma, como en tantas otras partes, se celebra con los belenes, la música, los mantecados y las fiestas. Por estos días aun no ha nevado. Tampoco en las sierras del Parque Natural. Hace mucho frío pero las nieves este año aun no han caído. Al día siguiente de la fiesta de Navidad, en el pueblo de la Loma nos preparamos para una rutas por los paisajes que tanto hemos unidos a nuestras vidas. Salimos temprano y como hora y media después de la salida del sol ya estamos en Puerto Llano. Hace mucho frío y en este lugar de la sierra aun más. Hemos entrado desde la Cañada de las Fuentes para Puerto Llano. Al coronar la llanura por la derecha nos saluda el grandioso pino laricio. Solo unos metros más adelante, por la izquierda se aparta un carril poco arreglado. En las fechas en que hicimos esta ruta este carril de tierra era casi nada. Unas rodadas de coche y solo unos metros más adelante ya se perdía. Lo que subía hasta el collado y luego hasta el pico del Cabañas era una simple senda. Unos años después ya metieron máquinas por aquí, allanaron el terreno y trazaron una pista forestal algo mejor. No estaba mal en los primeros tiempos de este

Parque Natural pero ya se sabe que todo cambia y en la naturaleza, los que la gestionan, hacen lo que quieren sin pedir cuantas a nadie.

Por este carril tan poca cosa entramos y entre los grandiosos laricios, al lado de abajo del camino y bajos unos pinos pequeños, dejamos el coche. Casi tapado con las ramas de estos pinos y algo apartado del carril. Nos bajamos, preparamos las mochilas y damos comienzo a la ruta. Unas de las rutas más singulares y emocionantes que hemos trazado por las sierras de este Parque Natural. Corre un suave viento que viene del norte y llega frío, muy frío. Nos hemos abrigado bien pero en cuanto empezamos a remontar en busca del collado por donde remonta el camino entramos en calor. En un periquete ya estamos encajados sobre el collado. Por aquí se abren unas pequeñas praderas, tapizadas de hierba casi en todo tiempo y en estas fechas con sus charquitos de agua y su pequeño arroyuelo. El frío es tanto que los charcos están con su capa de hielo y el arroyuelo con sus carámbanos. Nos gusta el paisaje aunque sea tan poca cosa y solo pueda regalarnos hielo. Cuando la sierra se cubre de hielo la belleza que refleja es punto y a parte

entre los otros matices. Tiene un encanto especial recorrer los paisajes de estas cumbre en estos momentos.

Pasado estas praderas, la senda gira para la izquierda y por entre rocas, pinos laricios, sabinas y enebros comienza la subida al punto más alto del Cabañas. Por esta senda avanzamos nosotros y en menos de veinte minutos ya estamos en la misma caseta que sirve de refugio a los que en verano vigilan por si se produce algún incendio en los montes. Nos la encontramos cerrada porque en invierno por aquí solo hay algún turista, buitres, alguna cabra montés y poco más. Refugiados tras las paredes y las rocas de la caseta tomamos asiento en las rocas y sacamos de las mochilas para comer algo. No es todavía media mañana pero el sol ya se alza por encima de la sierra de la Cabrilla y quiere calentar. No lo consigue porque sobre estas cumbres el aire es tan frío como el hielo. Pero desde estas cumbres se goza de una vista amplísima y de casi toda la sierra que por este lado tiene el Parque Natural. Mientras tomamos un bocado nos recreamos en las panorámicas que la cumbre nos regala.

Desde la cumbre del Cabañas se ve Sierra Nevada. En los días claros se distingue perfectamente todo ese gran macizo de Sierra Nevada y las sierras que hay antes. Se ve desde aquí toda la loma de Cagasebo, por donde el Aguilón del Loco, la Cañada de las Fuentes y toda la cuenca por donde van naciendo los primeros arroyuelos que al juntarse ya serán el río Guadalquivir. La cuerda del Gilillo destaca por este lado norte y siguiendo esa cuerda se ve hasta donde la vista alcanza, Peña Corva y de ahí para abajo la sierra ya se va perdiendo en la nieblina. Lo mismo sucede con el valle por donde el río Guadalquivir se aleja y con las cumbres por el lado de las Banderillas. Desde las cumbres del Cabañas se domina casi toda la sierra y el día de hoy se presenta bastante claro. Algunas nubes se traban por el azul del cielo y poco más. Nada parece indicar que en estos días pueda nevar o llover por estas sierras. Ya un poco reconfortados por el descanso, la contemplación de los paisajes y el alimento seguimos. Desde este punto, según el plan que hoy traemos, ya no tenemos ni camino ni senda. Por lo más alto de la cumbre arrancamos y avanzamos hacia el puntal del Águila. Queda como a un kilómetro pero por entre las rocas de la cumbre, la vegetación y el frío no cunde mucho andar. Por

todo lo alto de la cuerda es casi imposible avanzar así que nos venimos un poco para el lado de la Sierra de la Cabrilla y trazamos el recorrido sin perder nunca la cresta como referencia. En el collado de las Alegas descansamos un poco. Por aquí, la poca nieve que este año ha caído, al derretirse se ha convertido en hielo y encontramos todas las rocas cubiertas por esta fría capa de hielo. Además del frío y lo malo del terreno andar sobre esta campa de hielo cuesta mucho. Es complicado y tiene su peligro.

Remontamos un poco y sin buscarlo nos damos de bruces en un paisaje extraño. No hay nada de vegetación, si muchas rocas astilladas y rotas por los hielos y las lluvias y la forma con que la cumbre por aquí nos regala se abre como una trinchera. Dos pequeñas cuerdas a los lados y por el centro como un paso para ir a ningún lado. Solo un pino laricio crecía por estas alturas y está arrancado de raíz. Seguro que se ha caído por el peso de alguna nevada grande sobre sus ramas. También puede que lo haya arrancado el viento. En esta cumbre cuando el viento viene del sur azota con mucha fuerza. Y si además el viento arrastra nieve no hay ser viviente que

resista sobre esta cumbre. El pino está tumbado a todo lo largo, un buen ejemplar, y sus raíces quedan al aire por completo desnudas. Como si estuvieran pidiendo auxilio no se sabe si a las rocas que lo sostenían o al cielo que lo cubre como indiferente. Sobre el desgraciado y hermoso tronco paramos y nos hacemos una foto. El paisaje con el pino caído y la desolación de las rocas hechas añicos nos piden a gritos que las recojamos en fotos para que no se nos olvide nunca.

Seguimos. Superamos las ramas del pino caído y ahora volcamos más para el lado sur. Ya vemos con mucha claridad que por la cumbre no es posible avanzar. El frío nos está pudiendo y el terreno se complica cada vez más. Así que por la rocosa ladera empezamos a caer en busca de zonas más bajas. Sin darnos cuenta nos metemos en una peligrosa trampa. Todo una lancha rocosa que rezuma agua por todos los puntos y como e frío es tanto el agua se ha helado. Una enorme ladera cubierta por completo por una dura campa de hielo. Por aquí los pinos laricios sí son abundantes y como tienen sus troncos clavados en las mismas rocas parecen fantasmas. Es muy bello este paisaje. Como pocos

paisajes en estas sierras pero andarlo en una época como la que nosotros hemos escogido y en un día como el de hoy no se le ocurre a nadie en el mundo. Nos damos cuenta del peligro.

Volvemos un poco para atrás y buscamos la leva hondonada que cae desde la cumbre. Por aquí sí podemos andar con más facilidad pero como es bajar seguimos sufriendo. El día avanza. Descubrimos que Puerto Pinillo queda más lejos de lo que creíamos. Por el camino que llevamos nos va a costar mucho llegar a ese punto y si llegamos será casi al final del día. No conocemos el terreno ni por Puerto Pinillo ni en las vertientes a un lado y otro. Seguimos bajando. Hemos decidido descolgarnos todo lo posible de la cumbre y buscar un camino a media ladera. Sabemos que por los pinares que se ven por la parte de abajo va un carril de tierra. No lo conocemos de nada pero alguien nos habló de este carril hace tiempo. Decidimos bajar hasta encontrarlo. Es el carril que sube desde el arroyo de Guazalamanco y por esta ladera va a algún punto concreto que también desconocemos. Así que por entre las complicadas peñas de la ladera sur del Cabañas pero

ya más próximo a Puerto Pinillo, descendemos.

Cae el día. Por el cielo aparecen algunas nubes. El aire corre tan frío que corta la piel de la cara. Lo comentamos y desistimos seguir adelante. Comprendemos que será imposible alcanzar el punto que pretendemos antes de que la noche se nos eche encima. Y por lo que hemos encontrado en el terreno andado deducimos que las cosas seguirán complicándose. Seguimos bajando y entre los pinares, por unas tierras ya mucho más llanas y con menos peñascos, encontramos el carril que intuíamos. Al cogerlo damos media vuelta y nos venimos dirección al Cabañas. La noche se acerca y ante la imposibilidad de conseguir lo que habíamos planeado decidimos regresar a las tierras que conocemos. Si antes de que la noche caiga logramos llegar a la nava que se extiende justo por donde nace el arroyo de Guazalamanco nos sentiremos salvados. Por ahí ponemos las tiendas y cuando amanezca al día siguiente pensaremos un nuevo plan.

Pero no hemos avanzado mucho cuando advertimos que la pista forestal baja. Esto sí lo sabemos. La pista

baja porque sube del arroyo Guazalamanco. Nosotros no queremos bajar tanto así que abandonamos el carril y otra vez campo a través buscamos avanzar dirección a la nava que he dicho antes. Nos sorprende la figura de una curiosa roca clavada en la soledad de los paisajes. Tiene forma de pirulí pero sin que las paredes de los lados estén lisas ni pulidas. Se clava en el suelo y se eleva como su fuera columna que pretendiera sujetar parte del cielo y por eso llama tanto la atención. Estamos cansados, la noche se nos echa encima, tenemos frío porque el aire corre cortando como un cuchillo de hielo pero la roca que hemos encontrado es tan bonita que no resistimos la tentación de tocarla y sentarnos en sus salientes. Los más valientes y fuertes escalan por las paredes de esta roca y se colocan en todo lo alto. Ya queda poca luz pero todavía en este punto da el último sol de la tarde. Le saco varias fotos tanto a la roca como a ellos mostrando la roca en forma de trofeo.

Se pone el sol al otro lado de las cumbres del Cabañas. No tenemos ni senda ni sabemos cómo es el terreno que nos separa de la nava que ahora buscamos. Si podemos ver que entre nosotros y la ladera por donde

se encaja la nava se abre un amplio y profundo barranco. Es como medio embudo y por aquí precisamente se va formando el arroyo Guazalamanco. Siguiendo las sendillas de los animales llegamos al borde de la torrentera. Son tierras movedizas y con una muy pronunciada inclinación. Aunque la tierra está seca resbala mucho y la profundidad del barranco es grande. Descubrimos que por aquí va una senda. Parece de animales pero es senda por donde se puede avanzar. La seguimos sintiéndonos aliviados. Estamos viendo que al final de esta torrentera y en lo alto se recogen la nava que buscamos. Tenemos que llegar a este sitio porque sabemos que ahí mana una pequeña fuente y el terreno es bueno para montar las tiendas y pasar una noche. Estamos sin agua porque a lo largo del día la hemos agotado.

Nos metemos por la torrentera siguiendo la senda y aunque la dificultan es mucha y por eso también tenemos que esforzarnos bastante conseguimos salvar la extraña, peligrosa y complicada torrentera. Ya en el otro lado lo primero que encontramos es una fuerte pared rocosa. Es la pared o escalón que separa la nava del barranco

Guazalamanco. Por su pie seguimos buscando las sendillas de animales y cuando se nos borran nos agarramos a cualquier cosa que tengamos al alcance. Ya casi no hay luz del día. La noche está cayendo con toda su fuerza sobre los paisajes de estas sierras. Logramos alcanzar las tierras de la nava. Nos sentimos aliviados. Avanzamos un poco más y al volcar un cerrillo encontramos la hondonada del arroyo. Los primeros metros del arroyo Guazalamanco pero por encima de la gran cerrada. Sacamos las linternas, buscamos y bajo unos pinos laricios, junto al primer charco del arroyo y sobre la hierba de la pradera montamos las dos tiendas. Estamos tan agotados y es tanto el frío que tenemos que casi no podemos clavar los vientos de las tiendas. En cuanto lo conseguimos, tomamos un bocado y nos metemos en los sacos. El frío es tanto que al respirar el vapor del aliento se queda trabado en las cejas y en la nariz en forma de hielo. El día ha terminado. La ruta que pretendíamos por lo alto de la cuerda del Cabañas hacia Puerto Pinillo se ha quedado en deseo. Sentimos el fracaso pero no nos duele porque sabemos que una experiencia como ésta vale por mil rutas bien realizadas siguiendo las sendas acondicionadas y señalizadas. De

este modo se aprende mucho más y se descubre lo que es imposible descubrir yendo por cómodos caminos.

Cuando despierto al día siguiente ya el sol se alza por encima de la Sierra de la Cabrilla. El sol no se ve porque amanece por completo nublado pero por detrás de las nubes se intuye. No hay sol y por eso ni da sobre la hermosa ladera sur del Cabañas ni caliente un poco el ambiente. Me incorporo y salgo de la tienda sin abandonar el saco. Los llamo y me contestan diciendo que ya se levanta. Pero no se levanta enseguida. Mientras van haciéndose a la idea y pones sus músculos en acción exploro un poco el entorno. Descubro que el arroyo nace aquí mismo. Solo tres o cuatro metros por encima de las tiendas pero aunque tiene agua no corre. El frío ha conseguida helarla toda y lo único que se ve, tanto en el nacimiento como en el trozo de corriente que hay hasta la caída de la cascada, es hielo. Capas de hielo en los escalones de las rocas, charcos por completo helados y por donde debía verse el agua corriendo solo hay hielo. Hace mucho frío y por eso, donde no hay hielo, la escarcha brilla como si fuera una gran nevada.

Los vuelvo a llamar y cuando por fin salen de la tienda, casi media mañana, ya la temperatura es algo más soportable. De uno de los charcos más grandes justo por donde el arroyo va a caerse para el barranco cogemos agua. Con piedras rompemos la capa de hielo, de casi cuatro dedos de gruesa, y debajo encontramos agua sin helar. Encendemos fuego y ponemos el agua a calentar. Solo para conseguir algo caliente para el desayuno. Las caras y las manos nos las lavamos en la misma agua del charco del hielo. Echándole mucho valor porque nada más mojar las manos o la cara el agua se nos convierte en laminillas de hielo. Las manos duelen enseguida y por eso el lavado es rápido y cubrir con la toalla para entrar en calor. Antes de empezar a desayunar uno recuerda que en su mochila tiene dos botellas de sidra. Se las ha traído para celebrar la Navidad en estas montañas. Al fin y al cabo estamos en Navidad. Busca la mochila, la abre y al meter la mano descubre que las botellas han explotado. Tanto ha sido el frío de la noche pasada que el líquido se ha congelado dentro de las botellas y el cristal ha saltado en mil pedazos. No nos importa porque a esto nos arriesgábamos cuando decidimos hacer la ruta.

Después del desayuno, como hoy ya hemos desistido continuar con la ruta que habíamos proyectado al principio nos dedicamos a recorrer los paisajes del entorno. El cerrillo que nos corona por el lado del poniente, el Torcal de Linares algo más abajo pero entre unos paisajes endiablados. Las rocas están todas erosionadas y por el lado que da al río Guadalentín, los voladeros se pronuncian amenazantes. Desde el torcal subimos por la senda que lleva a la cumbre del Cabañas y al llega al collado volvemos para el valle en busca de las tiendas. El resto del día se nos va en la preparación de la comida y recorrer un poco más la ladera que se prolonga para el lado de la torrentera. Cayendo la tarde se nubla mucho más. Amenaza nieve. Antes de que oscurezca buscamos ramas secas de pinos y algunos troncos y por donde el arroyo helado encendemos fuego. Al calor de sus llamas pasamos las primeras horas de la noche y como el frío es tanto a pesar de la lumbre, nos metemos en los sacos. Estamos convencidos de que esta noche va a caer una muy buena nevada.

Nunca he tenido la experiencia de una nevada sobre las cumbres del Cabañas y menos por la noche. Tenía

ganas de vivir esta experiencia y por eso, en cuanto me metí en el saco, me quedé quieto esperando el momento. Sobre media noche siento como el viento empieza a soplar con fuerza. Se quiebra contra las rocas y las ramas de los pinos. La tienda tiembla y el frío se cuela hasta los huesos. Como dos horas más tarde la intensidad del viento disminuye. Espero la nieve de un momento a otro. Y cuando creo que llega abro la puerta de la tienda. El fuego todavía aletea. Uno de los gruesos troncos de pino que hemos puesto de cabecera en la lumbre arde desprendiendo llamas. La nieve cae. Alumbro con la linterna y veo la nieve caer y cubrir poco a poco el suelo. No consigue apagar las llamas del tronco y eso me gusta porque el espectáculo es único. La nieve cae en cantidad y cuando apago mi linterna las llamas iluminan las tiendas, parte del arroyo, la ladera y los troncos de los pinos cercanos. Se ve la nieve caer y es precioso. Como un sueño pero mucho más bello. Me gusta y por eso me quedo con la puerta de la tienda abierta y con las miradas fijas en el regalo que la noche pone ante mí. Ellos se han quedado dormidos. No los despierto. Pienso que al amanecer del día siguiente se llevarán la sorpresa. Pero también pienso que si la nevada se prolonga y aumenta

en intensidad puede complicarnos mucho las cosas. No olvido que estamos en unas de las partes más altas de la sierra y que para salir a carretera asfaltada es necesario hace muchos kilómetros a través de pista de tierra y muy malas condiciones. Si la nevada es de las grandes no descarto que tengan que venir a buscarnos con helicóptero. Con toda seguridad que no podremos salir de estas sierras.

Antes de que amanezca salgo de la tienda. Por lo alto de la Sierra de la Cabrilla se ve el resplandor del nuevo día. La nieve cubre por completo todo el rincón por donde hemos plantado las tiendas. Sigo metido en mi saco y liado en mantas. De lo contrario no podría resistir tanto frío. Me pongo junto a las ascuas de la lumbre y remeto los tizones. Las llamas se alzan enseguida y como ha dejado de nevar me puedo acomodar un poco frente al calor de la lumbre. Gozo del nuevo día con toda la lentitud que la naturaleza imprime a la llegada de un nuevo día. Y según se va haciendo la luz mis ojos van captando la gran nevada sobre toda la sierra que desde este rincón se ve. Cubre por completo y es hermosísimo, tanta blancura.

Cuando ya creo que ha salido el sol los llamo. El cielo sigue nublado y amenazando nieve. Creo que lo más prudente es que desmontemos las tiendas cuanto antes y salgamos de este rincón. En llegar al coche no tardaremos media hora y como es al comienzo del día, en caso de que las cosas se compliquen más, tendremos día por delante para resorberlas en el sentido que sea. Sale de las tiendas. Se sorprende porque ni siquiera se han dado cuenta que ha nevado. Les propongo lo que he pensado y lo ven prudente. Así que en cuento tomamos algo de desayuno calentado en las brasas de la lumbre nos ponemos a desmontar. No nieva pero con la nieve que ha caído por la noche es suficiente para el desmontaje de las tiendas y la recogida de todo lo demás sea una tarea bastante difícil. Lo conseguimos sobre las diez de la mañana. Sigue sin nevar pero rara. Las nubes y las nieblas se amontonan en el cielo, sobre las cumbres y los barrancos. Si se pone a nevar y es por la mañana seguro que ya no para en todo el día. Por eso tenemos prisa.

Antes de abandonar el rincón, con el agua del charco helado y con los mismos bloques de hielo, apagamos el

fuego. Hoy precisamente no es un día muy propicio para que se propague un fuego por las sierras pero creemos que es mejor dejar las cosas lo más parecido a como lo hemos encontrado. Cargamos con las mochilas y nos ponemos en marcha ladera arriba en busca del collado del Cabañas, por donde sube la senda a la caseta de incendios. Enseguida notamos que la nieve alcanzar un buen espesor. Por algunos sitios más de treinta centímetros. Según remontamos encontramos más nieve. En poco tiempo estamos sobre el collado. Damos con la senda. Comenzamos la bajada para Puerto Llano por donde hemos dejado el coche. Ahora lo que tememos es que el coche no arranque. No tiene problemas porque es nuevo pero con este frío y la nevada de la noche cualquiera sabe.

En menos de veinte minutos ya estamos sobre las tierras llanas de Puerto Llano. Buscamos por entre los grandes pinos laricios, que nos sirven de referencia y después de un buen rato encontramos los pinos pequeños por donde entre sus ramas dejamos el coche. Lo descubrimos sin ni siquiera verlo. Ha caído tanta nieve por aquí que ha tapado los pinos pequeños que

arropaban al coche y también ha tapado el coche. Para entrar e intentar arrancarlo tenemos que apartar la nieve con las manos. Tememos que no arranque. Pero arranca y a la primera. Damos marcha atrás, ayudados unos de otros y salimos al carril. Decidimos tomar dirección Cañada de las Fuentes para luego continuar bajando por el carril que avanza Guadalquivir abajo. Creemos que es lo más prudente porque hay menos kilómetros de carril y porque en cuanto lleguemos a Vadillo ya es carretera asfaltada. El Puerto de las Palomas puede ser un problema más pero pensamos que en caso de necesitar ayuda la encontraremos con más facilidad.

Nos ponemos en marcha recorriendo despacio los primero metros de carril y luego más despacio la bajada hasta la Cañada de las Fuentes. Avanzamos sin problema alguno aunque un poco decepcionados por no haber podido realizar el sueño que traíamos con nosotros hace dos días. Pero mientras caemos para la Cañada de las Fuentes gozamos del grandioso espectáculo que la nevada ha dejado sobre estas sierras.

- La ruta ha resultado fallida pero la experiencia no la cambio por nada del mundo.

Es lo que comenta uno. Confirmo que así y ahora que ya voy a dar por finalizado el relato de esta experiencia, lo ratifico de nuevo. La ruta que soñábamos realizar por las cumbres y laderas de la cuerda del Cabañas no salió como planeamos al principio pero la experiencia que tuvimos la suerte de vivir fue de las mejores. De las que no se olvidan en toda la vida.

La fragancia eterna

Antes de que la senda llegue al valle por donde corre el río pasa por una llanura. Es tan bonita la tierra de esa llanura que ahí crece verde la hierba durante todo el año. El bosque es espeso como una sementera y la senda se mete por ahí como si trazara un juego. Por algunas partes lo árboles arropan tanto que ni el cielo se ve. Pero lo verdaderamente bonito es cuando la senda llega al final del puntal. Un filo rocoso donde hay un espacio llano que casi cuelga en el vacío. Es como un balcón sostenido en el aire y detenido justo frente a lo más bonito del paisaje.

Porque desde ese balcón lo que más y mejor se ve es precisamente la loma de las viejas encinas. Una loma no muy grande que sube desde el collado y por la cara

que da al sol de la tarde va la senda. Desde el balcón se le ve saltando de un arroyuelo a otro y cada vez que llega a un puntalete, descansa. Como si ahí mismo ya fuera a terminar su recorrido y por eso casi se difumina por la tierra del pequeño poyo. Pero la senda sigue y mientras remonta al collado del centro se pega a la huerta de los pastores y a los álamos del arroyo. Una preciosidad de paisaje el que desde el balcón se ve y una emoción sin igual la que se siente al contemplarlo.

5- Beas de Segura, el Tobón

La ruta

Se encuentra este bonito rincón en el término del pueblo de Beas de Segura. Unos de los pueblos que prestan tierras al Parque Natural. Se sitúa junto al río Beas, entre el pueblo y las Cumbres de Beas que son las divisorias de las cuencas del río ya mencionado, embalse del Tranco y el río Guadalquivir. El rincón es, al menos para mí, de los pajares más bellos en esta parte del Parque. Aunque ya he dicho en otros sitios que en este Parque no hay parajes menos bellos o más bellos. Todos

lo son porque todos son diferentes y con características concretas. Quiero aclarar que la descripción de esta ruta no va a ser según el patrón clásico usado en las guías para turistas. El recorrido que voy a contar es el que hice en los primeros años del Parque Natural y aunque después he ido muchas veces por el rincón, eso no va a salir en estos textos. Así que esto es una experiencia muy personal. La primera experiencia que viví por estos rincones hace ya muchos años. Y la cuento desde mi vivencia y con mi estilo sin pretender nada más que recoger y comunicar lo que yo vi, gusté y sentí.

Por aquellas fechas la Junta de Andalucía editó un folleto sobre el parque donde se daba alguna información de las distintas instalaciones y otras cosas. Del paraje del Tobón, en aquel folleto, se decía lo siguiente: “El campamento juvenil el Tobón se encuentra localizado en el cauce del arroyo del mismo nombre y enclavado en un paisaje montañoso con abundantes bosques, siendo su altitud aproximada de unos 700 m. El acceso se realiza siguiendo la carretera que va de Beas de Segura a Cortijos Nuevos, a la derecha de esta carretera y a una distancia de 10 kilómetros existe una pista forestal que

siguiendo su trayectoria a unos 500 m. conducirá a la instalación mencionada, situada a la izquierda. Posee los servicios de fuente con agua potable, mesas y bancos, cocinas, piscina y recogida de basura. La vegetación de la zona está formada por el pino negral, chopos, juncos y vegetación típica de ribera siendo los ejemplares faunísticos más comunes el jabalí, el ciervo y el águila culebrera".

La vivencia

Hemos decidido trazar la ruta desde el pueblo de los niños: La Puerta de Segura. A primera hora de la mañana ya estamos en la casa, barrio viejo de S. Blas. Tenemos mucha ilusión y creo que los niños aun más. Cuando ya estamos a punto de partir desde la casa de la niña rubia, uno dice:

- Os acompañaré hasta el Tobón porque tengo pensado irme por las Cumbres de Beas.
- Pero si puedes te quedas a comer con nosotros porque hoy vamos a hacer una comida muy especial.
- ¿Qué vais a preparar para comer?
- Pechugas de pollo que asaremos en las ascuas de la lumbre. ¿Qué te parece?

- Que me gusta esa comida. Pero ya es la hora. En marcha que se acaba el día.

Nos ponemos en marcha. La niña siempre está con ganas de enseñar cosas. Al pasar por el puente que este pueblo tiene sobre el río Guadalimar, dice:
- Os quiero enseñar algo.
- ¿De qué se trata?
- La belleza de este río, su puente y la playa artificial.
Paramos y bajamos por la parte de arriba del puente. Nos asomamos al río. Al amanecer y con el fresco que por estos lugares de la sierra siempre corre en verano el río se presenta bello. Con un silencio y reflejo como no existe en ninguna otra parte de la sierra. La niña pregunta:
- Me dijiste un día que sabías algo de las cosas antiguas de este pueblo.
- Y es verdad.
- ¿Qué cosas son?
- Mucho hay escrito pero entre todo, lo más original por su antigüedad son unos textos que se les conocen como "Las Relaciones de Felipe II". De este pueblo tuyo tan bonito y recogido a orillas del río más bello del mundo, en esos textos escritos por el año 1575, se dice lo siguiente:

“Queste dicho lugar está fundado entre dos sierras, las quales son de mucho monte y espeso, y que es tierra fría y enferma, porque pasa por junto a él el río de Guadalimar, el que tiene muy mala marea y dura esta marea hasta las diez del día, y de esta causa es frío y enfermo en alguna marea, y es tierra áspera y montuosa y no está en llano. Que este lugar es abundoso de leña, porque es tierra de mucho monte de lentiscos e marañas e madroños y romeros, y que alrrededor de este dicho lugar se crían muchos jéneros de caça como son conejos, liebres e perdices e palomas e cierbas e lobos e zorras en abundançia, y que las dichas caças se comen los panes y los distribuyen, por donde en alguna manera se padesçe nesçesidad alguna. Que las dos sierras que çercan este dicho lugar puesto de cara a sol, a la mano yzquierda sierra de Oruña y la de la mano derecha la Buytrera e Lagunilla, y que estas sierras son de la villa de Segura e jurisdiçión, e son cerros que duran poco e no son largos, e questán muy juntos a este lugar. Que pasa junto a las paredes deste dicho lugar por la parte del çierço el río que llaman Guadalimar, el que es muy caudaloso y se pasa por él mucha madera para Sevilla e para otras partes de

las sierras de Alcaraz e de las sierras de Segura”.

Al terminar de oír estas cosas exclama:

- No sabía yo que de mi pueblo se hubiera escrito lo que acabas de decirme. Tampoco sabía que por aquí en otros tiempos hubo lobos. Y los de las mareas a las diez de la mañana ¡qué raro!

- Son cosas de tiempos muy lejanos y escritas con lenguaje de aquellos tiempos. También del puente se dicen mucho, del ojo que tenía el puente en aquellos tiempos, de las aguas del río remansadas por encima del puente, del viejo castillo que por este lado derecho había y del único molino de harina que molía con las aguas del río. Por aquellos tiempos no había más molino ni de harina ni de aceite en todo el territorio de este pueblo tuyo. ¿Qué te parece?

- Que me gusta mucho saber esto.

Desde el pueblo de la Puerta de Segura seguimos la ruta bajando por la carretera que discurre pegada al río hasta unos ocho kilómetros que es donde se levanta otro bonito pueblo junto a las aguas. Se le conoce con el nombre d Puente Génave y también es antiguo. La

carretera que discurre por aquí es la que viene desde Albacete, recorre toda la loma de Úbeda para enganchar con la autovía Madrid Sevilla por Bailén. Dejamos atrás el bonito pueblo de Puente Génave y entramos en la gran recta las tierras llanas pobladas de olivares. Por la derecha nos va quedando el embalse de Guadalmena, en el mismo río Guadalimar. Por la izquierda, al llegar al pueblo de Arroyo del Ojanco, se nos queda el rincón por donde el olivo centenario. La carretera sigue y después de una larga recta, de la principal por la izquierda se aparta un ramal que lleva al pueblo de Beas de Segura. Pasamos este pueblo y por el lado izquierdo remontamos para seguir río arriba que ahora es río de Beas. La carretera que avanzan por aquí es la que desde Beas lleva al pueblo de Cortijos Nuevos.

Donde el río se ensancha en una preciosa vega, cogemos por el carril de la derecha. Remontamos trazando las curvas del carril de tierra y llegamos al rincón. No es muy tarde y el rincón hoy nos acoge lleno de paz, silencio, fresco, mucho agua y con el aire perfumado de romero. Por aquí esta mañana no hay nadie. Solo se oye el rumor del agua corriendo por el

arroyo, el cascabeleo de las cencerrilas en las ovejas que pastan cerca y el paso suave del viento por entre las hojas de los pinos. A la niña y sus amigos se les llena el corazón de entusiasmos. Se pasean en los columpios, beben en la fuente, saltan por el arroyo, suben por los troncos de los pinos, escalan por las rocas que el agua del arroyo ha tallado en la ladera, se tumban por entre la hierba, cortan alguna florecilla, beben otra vez en el caño de la fuente, gozan construyendo pozas en el venero que ahí mismo brota y como la belleza es tanta y ellos se siente tan libres, en ningún momento paran. Me agradan sus juegos y soy feliz por la suerte que tengo. Me llenan de honda satisfacción los bonitos paisajes tan repletos de bosques, tonos verdes, aguas cristalinas y montañas decorando.

Cuando ya el día va llegando a su centro pensamos en preparar la comida. Sin que se lo pida nadie ella coge las pechugas de pollo, las lavas con agua del venero, le echa su sal y un poco de aceite y las pone en los hierros de la parrilla por donde las ascuas se amontonan doradas. Se les ve y sienten crujir y mientras se van dorando preparas más pechugas de pollo, las aliña con

ajo, romero, sal, un poco de perejil y las lía en papel de plata.

- Estas son para asarlas. Así que prepárame las ascuas que las voy a enterrar en el rescoldo. Vais a ver qué bocado más exquisito sale de este invento.

No dudamos que será así y por eso la dejamos hacer. En la mesa de piedra más cerca al manantial, prepara el pan, los platos, los cubiertos y la fruta. Respira satisfecha y nos llama:

- Ya está lista la comida.

- ¡Y qué bien huele!

- Ya te dije que no te arrepentirías de habernos acompañado.

La comida que nos ha preparado la niña rubia de la Puerta de Segura, que es como la llamamos, sabe a gloria. Y acompañada con el rico pan que hemos comprado en el horno de Puente Génave aun deleita más. Y todavía deleita más con el rumor de la corriente que sale del manantial, el cielo azul coronando y las sierras que rodean enmarcando nuestro escenario. Solo levantar la vista y mirar asombran las montañas y los bosques que nos rebosan por los lados. La niña propone:

- Mientras comemos, todos sentados alrededor de esta mesa de piedra y con este perfume de lumbre y campo que el viento nos regala ¿Por que no contáis algo de las sierras que estamos viendo?
Uno de los mayores se anima y empieza.
- Se ve que el lugar donde estamos es un barranco donde se juntan varios arroyos. Hace algunos años la Junta de Andalucía hizo por aquí una represa que sirve de piscina. Es muy parecida a la que existe en Linarejos, sierra de Cazorla. Hay otra en la Peña del Olivar en Siles, la de Amurjo en Orcera y la del Charco del Aceite por debajo del Embalse del Tranco. Junto a esta represa veis la fuente con su caño de agua limpia y fresca y luego por aquí ya veis las mesas y asientos de piedra que también pusieron para que las personas puedan comer y pasarse un buen día en contacto con la naturaleza. En los álamos que se ven por el arroyo y entre los pinos acondicionaron el terreno para que sirviera de campamento.

- Los arroyos que por aquí confluyen ¿Cómo se llaman?
- Si empezamos por la izquierda tenemos el barranco de las Chozas. Es un arroyo que desciende de las Cumbres

de Beas por donde la altitud es de 1258 metros. Seguimos para la derecha y tenemos el barranco de Candelario que viene del Cerro de Palas con 1296 metros de altura. Por la derecha nuestra nos llega el gran arroyo de la Buenana que viene justo de la cumbre de Pegueras con 1341 metros. Pegado a este arroyo discurre una pista de tierra que luego más arriba ya está asfaltada y lleva a muchos puntos grandiosos por las cumbres de Beas. Pasa este carril por la fuente y cortijo de la Pinilla. Y ya solo decir, resumiendo mucho, que por las partes altas nos quedan muchos picos que alcanzan alturas considerables y por donde se abren bellas praderas, manan fuentes y crecen bosques preciosos. Queda ya contado, muy brevemente y en líneas muy generales, todo el escenario que rodea al rincón donde ahora mismo estamos sentados.

- Es suficiente porque en otra ocasión, en cuanto sea posible, lo que tenemos que hacer es irnos por esos parajes y así lo vamos descubriendo y conociendo con todos sus detalles.

El que tenía pensado irse por este lugar de la sierra cree que ha llegado el momento.

- La comida ha sido buena y el rato que he compartido con vosotros me ha gustado mucho pero ahora tengo que irme. Otros asuntos me reclaman con fuerza.
La niña le pregunta:
- ¿Por dónde te irás?
- Tengo que subir por el carril que remonta y llegaré hasta el Peguera y luego al Natao.
- ¿Y dónde duermes?
- Bajo las estrellas y sobre la hierba.
- Es una pena que te vayas pero si tiene que ser así otro día nos veremos.
- Tiene que ser así pero como me lo he pasado bien con vosotros se me ocurre que cuando llegue el verano podemos organizar un pequeño campamento volante por los rincones que yo ahora voy a recorrer ¿Qué os parece?
- Que es una buena idea. Desde este momento estamos apuntados todos.
- Volveré por vuestro pueblo y para el mes de agosto organizamos ese campamento. Será de lo más emocionante.
- Estupendo y ahora hasta la vista.
- Hasta otro día y gracias por esta tan buena comida.

Nieve el 26 de abril

Salimos de Úbeda y avanzamos por la carretera que desde el pueblo de la Loma lleva a Albacete. Nuestro plan es ir al pueblo de la niña rubia porque, a parte de que le queremos hacer una visita, también pretendemos llevarla de excursión por la sierra para alegrarle un poco la vida y que se lo pase bien. Este es nuestro plan y en el fondo estamos llenos de entusiasmo por lo bonito que parece todo. El día se abre brillante y bello. Tanto que desde el corazón se siente como el más bello de todos los días de la vida. El cielo está despejado de nubes, repleto de mil tonos azules y limpios por lo limpia que la atmósfera se presenta y ni siquiera corre viento ni hace frío. Es un auténtico día de primavera y en primavera está ya, tanto el campo como el calendario y el clima.

Con todas estas realidades limpias y agradables el corazón nos salta de dicha por el encuentro con la niña y lo divertido que puede resultar el día. Carretera adelante avanzamos y cuando vamos llegando al pueblo de Villacarrillo, por el lado del valle del río Guadalimar, descubrimos un frente nuboso denso y negro.

- Verás tú si se va a estropear el día.

- Serán unas cuantas nubes sin fuerza que se evaporarán en cuento acabe de alzarse el sol.
Comentamos entre nosotros porque de ningún modo queremos que se nos estropee el día. Seguimos el recurrido y a la altura de Villanueva del Arzobispo vemos que las nubes cubren por completo el cielo y comienza a soplar un fuerte viento del lado del Condado.
- Y llega frío como si fuera viento de nieve.
- De todos modos esto solo será una tormenta pasajera. Tal como hemos visto el ambiente hace un rato lo que por este lado del valle llega no puede ser un temporal.

El gran frente de nubes negras sube por el amplio valle del río Guadalimar. La dirección y la carretera que llevamos discurre casi paralela a esta nube y por Beas de Segura y Arroyo del Ojanco vamos a confluir. Por este lugar el río se cruza con la carretera que llevamos y como la nube viene remontado el cauce nos vamos a chocar casi frontalmente. No detenemos la marcha y descubrimos que poco a poco nos metemos dentro de la grandiosa nube negra. Superamos la Fuente de la Jordana y al remontar por entre los olivares nos caen las primeras gotas.

- Puede que pase pronto y que vemos no sea nada más que agua de borrajas.
- Aunque tiene su emoción por la belleza del espectáculo en medio de estos campos y en un día como éste.
Esto es lo que comentamos sin dejar translucir el temor que hay en nuestros corazones. La ilusión que hoy nos trae por esta parque de la sierra es fuerte y por eso ni siquiera paramos. Traza la carretera muchas curvas esquivando barrancos, arroyos, olivares y cortijos y cuando empieza a bajar por donde se cruza con el ferrocarril Baeza-Utiel, viejo trazado que ni siquiera se llegó a inaugurar, la lluvia arrecia. No paramos y ahora la carretera baja buscando el valle anterior al polígono del Cornicabral. Vamos penetrando en el corazón mismo de la nube. La lluvia y el viento es tan fuerte y cae en tanta cantidad que ni se ve la carretera. Paramos en la misma cuneta sin salir del coche.
- Imposible conducir con un aguacero como este.
- Nos hemos metido en el corazón de la tormenta.

Nos acurrucamos en los asientos del coche y asombrados vemos como el agua cae a cántaros. Sopla fuerte el viento y la explosión de un trueno retumba con

toda su potencia. Casi tiembla el coche al tiempo que la lluvia arrecia. No queremos pero empezamos a sentir miedo.

- Puede durar toda la mañana.

- ¿Qué hacemos?

- Por ahora esperar.

- Si es temporal y el día se llena de lluvia y viento nos volvemos.

Pero en diez minutos cesa la lluvia. Nos sentimos aliviados y el ánimo nos empuja a seguir. Al dar la curva y remontar la cuesta que planta en el Cornicabral, recuerdo que un día la niña me dijo:

- Justo en esta curva, cuando lo llevaban en la abundancia al hospital de Úbeda, murió mi abuelo.

En estos momentos la carretera por aquí parece un río. Baja por ella un manto de agua tan amplio y color tierra que ni se ve el asfalto.

- Se me ocurre algo que afecta al plan que habíamos hecho pero que puede enriquecerlo.

- ¿Qué es lo que se te ocurre?

- Que como la nube avanza siguiendo el curso del río hacia el pueblo de la Puerta de Segura, en lugar de continuar nosotros por la carretera que cortará al río y a la

nube por Puente Génave, nos metemos por el pueblo de Beas y por ahí salimos a Cortijos Nuevos y luego al valle de los olivares para el pueblo de la Puerta de Segura. Le entramos a la nube desde el lado de arriba y así la esquivamos.
- La idea no es mala. Vámonos por este sitio.

Por la derecha nos apartamos para el pueblo de Beas. Seguimos la carretera que lleva al Tobón pero mucho antes cogemos la pista de tierra que lleva a la Pinilla. Este es el carril de tierra que desde Beas de Segura remonta a las cumbres que coronan a este pueblo y las recorre por los rincones más espectaculares y bellos para salir otra vez a la carretera asfaltada por el Puerto de Beas, entre Cortijo Nuevos y Beas de Segura. No conocemos de nada ni esta cumbre para donde remonta el carril ni los paisajes que le dan forma. Sin pretenderlo y un poco queriendo nos metemos en otra complicación no prevista en un primer momento. Comenzamos la subida y nos vamos emocionando. Los paisajes que vamos viendo son realmente bellos. Tanto nos gusta y nos metemos en ellos que ni percibimos que la tormenta nos sigue. Sobre la cumbre para donde vamos remontando parte de la

nube se para y suelta su carga. Tan entusiasmado vamos que ni lo advertimos. Coronamos las partes más altas, atravesamos praderas, dejamos atrás espesos bosques de pinos, cruzamos arroyos y remontamos más. El carril traza varias curvas cerradas y al salir a una llanura, por donde hay unos cortijillos, de pronto nos alcanza una densa niebla. Tan espesa es que casi no vemos el camino. Pero seguimos lentamente porque volver ahora sería peor.

Algo más adelante, por donde el carril alcanza la máxima altura y traza unas curvas para la izquierda que es también por donde va naciendo el arroyo de la Buenana, nos envuelve la nube otra vez y de lleno. La impresión es que nos está esperando. Parece que se ha concentrado en todo lo alto y a esta altura el viento es hielo y la lluvia nieve. Pura nieve que cae dibujando hermosas danzas para quedar trabada en las hojas de los pinos y los tallos de la hierba de la llanura. Los copos son como puños de gordos y todavía resultan más misteriosos y bellos verlos enredados en la niebla que cubre y arrastrados por el fuerte viento que sopla desde el lado de Beas.

- Esto sí es una auténtica nevada.
- Si no lo estuviera viendo no lo creería.

Paramos y nos quedamos dentro. Como hace un rato en la carretera que surca el valle y obligados por la recia lluvia. Con las ventanillas cerradas y protegidos tras los troncos de varios pinos miramos absorto y gozamos en silencio del gran espectáculo. Algo realmente insólito y que me ocurre por primera vez. Media hora o poco más dura la nevada. Lo suficiente para que el suelo se cubra casi con cuatro desde de espesor. Amaina el viento y deja de nevar. La nube parece que se ha desinflado. Abrimos las puertas del coche y con el entusiasmo de niños nos ponemos a correr y a jugar por el paisaje repleto de nieve. Blanda y blanca como el algodón más fino. Se derrite casi con la misma rapidez que ha caído y por eso el pequeño arroyuelo empieza a correr. Es como el broche de oro para que el día quede completo. Damos saltos, corremos, nos tiramos bolas de nieve, gritamos, hacemos un muñeco y cuando ya estamos saciados y con las manos heladas volvemos al coche.

No mucho rato después, aquel veintiséis de abril y

todavía antes del medio día, abre el cielo. Empieza a lucir un hermoso sol brillante propio del mejor día de primavera. La nieve se derrita casi por arte de magia y los arroyos se llenan de aguas transparentes y frescas. Seguimos avanzando ahora ya bajando y al poco llegamos al rincón del Tobón. Espacio que conocemos y por eso nos sentimos más seguros. Pero según nos vamos acercando al rincón la naturaleza empieza a regalarnos con otro hermosísimo espectáculo. Las aguas que bajan desde las cumbres al llegar a este barranco se reúnen y caen por los arroyos dando lugar a un espectáculo sin igual. Cascadas con olas de espuma, charcos azules, remansos con todos los tonos del bosque y el cielo y más cascadas en todos los tamaños. Nos acercamos al Tobón y por aquí encontramos lo mejor. Cuando ya el arroyo va llegando a las tierras llanas de las mesas y la fuente ofrece una pequeña cascada de rocas escalonadas. El agua que baja desde las alturas salta por esta delicada y hermosa cascada y es tan bello su juego y el dibujo que traza que nos quedamos embelesados. Volvemos a parar, salimos y nos ponemos a correr por entre los chorros de agua y las rocas que forman la cascada.

- La niña Rubia tendría que estar aquí.
- Es tan bello todo que seguro le gustaría mucho.
Pero la niña rubia, en estos momentos no está con nosotros. En la fuente donde ella había lavado las pechugas de pollo, paramos y bebemos. Hacemos alguna foto para el recuerdo y luego seguimos. Se nos llenó de belleza el día y por eso la emoción llegó a sus límites. La sierra es así y nosotros la hemos idos descubriendo poco a poco y, bastantes veces, por pura casualidad o quizá siempre fue un regalo de Dios. Por eso tenemos la sensación que, aunque muchas personas vengan por aquí y por otros rincones de este grandioso Parque Natural, nunca tendrán la suerte de gozar lo que nosotros sí hemos podido ver, tocas y sentir hoy.

La fragancia eterna

Al llegar veo a la cuadrilla trabajando en la tierra. Me uno a ellos y a las dos horas terminamos la faena. Bajamos por la senda y en el llano está el anciano sentado y junto a él la fuente. La cuadrilla se acerca y al quedarme atrás leyendo en mi Biblia vieja oigo y veo que discuten. Uno dice:
- En los tiempos que estamos este baño de luz y gozo es

necesario para seguir firme en la verdad.

Me aparto a un lado y al rato de estar leyendo veo que se levanta y se retira de la fuente. Se va por el camino que lleva al llano y me uno a él porque siento que pertenezco a su raza y fuerza. A unos doscientos metros tres se paran, me abrazan y dicen:
- No has bebido agua de la fuente de los tiempos y por eso careces de la energía que te permite ser de la generación nueva. Si quieres te apuntamos en el corazón y así te renuevas para seguir en nuestra compañía y como uno de nosotros.

Me aparto de ellos. Sigo leyendo en mi Biblia vieja mientras me digo que mi corazón siempre será libre y estará limpio. Con la misma pureza y frescura que Dios me dio cuando nací aunque sea el raro en los nuevos tiempos. Aunque tenga que vivir en la soledad para no contagiarme de la masa.

6- Puerto de Tíscar, cumbres del Rayal, nava por Collado Angosto

La ruta

Un bonito recorrido por una de las cumbres más hermosas del Parque Natural por donde el Guadalquivir da sus primeros pasos. También quiero aclarar que esta ruta no discurre por caminos señalados y recomendados para turistas. Casi todo su trazado va campo a través escalando la escarpada ladera del Rayal por el lado norte. La describo tal como nosotros vivimos la experiencia pero existen otras posibilidades tal como en todos los rincones de estas sierras. La experiencia aquí contada solo pretende recoger para el recuerdo los momentos y paisajes vividos y dar un poco de información por si pudiera servir a quién pretenda recorrer estas montañas. Pero repito que esto no es una ruta clásica al modo en que aparecen en las guías.

La vivencia

El invierno va llegando a su fin. Por las altas cumbres de las sierras todavía queda algo de nieve pero los fríos remiten y la naturaleza empieza a desperezarse.

Por las laderas norte de las cumbres del Rayal aun se ven algunos ventisqueros por donde la nieve poco a poco va desapareciendo y por eso ya estas laderas se pueden recorrer más fácilmente. Desconocemos el terreno y desconocemos las posibles sendas que por estas tierras puedan discurrir. Pero tenemos ganas de pisar y explorar al fondo los grandiosos paisajes de la robusta cuerda del Rayal.

Así que en la Loma de Úbeda nos preparamos y a primera hora de la mañana partimos rumbo al Puerto de Tíscar. Este es el primer objetivo a conseguir y como desde el punto de salida hasta el puerto todo es carretera y en buenas condiciones no encontramos ninguna dificultad. El día se presenta muy bonito. Sin nubes en el cielo, sin frío ni calor, sin viento y por eso la grandiosas sierra como esperando nuestra llegada. Hacemos una parada en el mismo puerto y bebemos de limpio chorrillo de la fuente. Sobre estos paisajes el viento que corre es fresco y las panorámicas son grandiosas. Conocemos el rincón porque para entrarle a la sierra por las partes altas del Cabañas, Barranco de la Canal y otros muchos rincones el mejor acceso es por este Puerto. En la fuente

llenamos las cantimploras y seguimos. Solo unos metros más adelante, bajando para el santuario de Tíscar, por la izquierda se aparta un carril de tierra. En aquellos tiempos no tenía cadena. Aunque la tenía pero ya sobre las ladera del Rayal

Por este carril forestal entramos y lo vamos recorriendo lentamente. Los paisajes por las lomas de este puerto son preciosos. Vertiente a la derecha según avanzamos las aguas corren para el río Vadillo más al fondo llamado río Tíscar y para el lado de la izquierda las aguas corren para el río Extremera. Uno de los arroyos afluentes de este río discurre por el Barranco del Garbanzal y nace por la cuerda que vamos recorriendo. El carril lleva hasta Puerto Lorente, discurriendo por toda la ladera norte de la grandiosa cuerda del Rayal. En la cañada de los arroyuelos que van naciendo por esta cumbre pastan las ovejas. Conozco al pastor y por eso sé que se llama Segundo y vive en Belerda. No está esta mañana por aquí y por eso no paramos. El carril traza una curva y comienza a subir por la ladera que cae desde el Rayal. Por el lado izquierdo levantan vuelo varios buitres. Por aquí mismo dejan animales muertos para que se los

coman los buitres. Es este uno de los muchos comederos artificiales para los buitres del parque.

En cuanto remontamos unos metros aparece la cadena cortando el paso. En este punto dejamos el coche. Bajamos, preparamos las cosas y con las mochilas sobre las espaldas emprendemos la ruta siguiendo el carril. Ahora ya estamos sobre la curva de nivel que va por los 1300 metros y por completo en la ladera norte del Picón del Rayal. Para la derecha lo único que vemos son las crestas de este fabuloso pico saludando en lo más alto y por el lado izquierdo la panorámica es grandiosa. Dominamos toda la enorme cuenca de cabecera del río Extremera. Y esta cuenca, en su parte más alta y montañosa que es la que vamos recorriendo, es muy grande. Se abre en forma de abanico y los arroyos descienden por entre espesos bosques de bujes, pinares, quebrados desfiladeros con preciosas cascadas y ya más cerca del pueblo de Quesada, decoran los olivares. Por las partes más altas y montañosa de esta cuenca se alternan los cerros con sus cañadas, llanuras y navas. Recorrer el singular rincón de la cuenca alta del río Extremera sin duda que es una de las más deliciosas

excursiones por estas sierras.

Avanzamos sin prisa siguiendo la pista forestal y mientras nos vamos recreando en las preciosas vistas que la media montaña nos regala gozamos del fresco vientecillo que en la mañana se pasea por estos rincones. Las laderas son escarpadas, por algunos sitios solo pura roca en trozos pequeños rodando por la pendiente y por otros puntos, con preciosos bosques de bujes, pinos, enebros y sabinas. Hace unos meses una tarde de nieve, viento y frío, recorrimos este trozo de pista y la experiencia se nos clavó en el alma. Sobre las cumbres del Rayal se acumulaban las nubes densas y negras y por los barrancos revoloteaban las nieblas. Traíamos con nosotros un pequeño aparato y mientras recorríamos la pista sonaba una maravillosa música. Es la obra más insigne y querida del compositor alemán Mendelssohn y cuyo título es “La Gruta del Fingal” que hace alusión a una visita del autor a Escocia. Las notas de tan singular obra vibraban en el aire y nuestros ojos descubrían asombrados los escarpados y bellísimos paisajes de esta ladera. Gozamos de una de las emociones más placenteras y misteriosas que jamás hemos

experimentado nunca en estas sierras.

Esta mañana no suena esa música pero el recuerdo de aquel día y la sensación de recorrer otra vez estos paisajes nos sacude el espíritu. Por la izquierda nos saluda un magnífico ejemplar de pino. Se clava en la misma torrentera de la pista y se tumba para el barranco. Bajo él nos detenemos unos momentos para gozarlo y seguimos. Antes de alcanzar el primer arroyo, por la ladera de enfrente se arranca un manto montés. Está solo y al vernos, todavía bastante lejos, emprende la huida ladera arriba. Lo observamos parados y sin asustarlo y al poco se pierde tras la loma y por entre unos bujes. Cruzamos el primer arroyuelo que viene desde las mismas cumbres del Picón del Rayal. Trae su chorrillo de agua pero como estamos muy elevados, casi 1300 metros, el caudal no es mucho. Es bonito tanto el arroyuelo como el bosque de bujes que lo cubre desde casi la cumbre y se pierde en las profunidades del barranco. Estos arroyuelos son los primeros metros de lo que más abajo ya es el arroyo del Garbanzal. Por debajo de nosotros y por debajo de los voladeros queda la casa forestal del Barranco del Garbanzal.

La pista ahora se traba en la ladera por donde ha huido el mancho montés y en cuanto corona la robusta loma que cae desde el Picón del Rayal cae al barranco por donde nace el río Extremera. Por la derecha y en lo alto nos va quedando la preciosa corona del Rayal. Una hondonada en forma de media luna por donde los tajos de rocas caen casi en vertical. En todo lo alto, Cuerda del Rayal, hay un terreno muy peculiar conocido por las Torcas. En cuanto alcanzamos este cauce notamos que es mucho más importante que los que hemos dejado atrás. Por él se despeña un buen chorro de agua. Los bujes se apiñan muy espesos y verdes. Por el lado derecho de este cauce remontamos un poco y encontramos el manantial. Un precioso y copioso venero, quizá el primero de este cauce, que brota cerca de donde la pista corta el arroyo. En el manantial bebemos, llenamos las cantimploras y durante un buen rato nos quedamos sentados junto al agua gozando de la grandiosa visión que el barranco nos abre por donde el cauce se despeña y luego por entre los olivares hacia el pueblo de Quesada.

Arrancamos y seguimos pero en cuanto cruzamos el cauce dejamos el carril. Por la ladera del lado de arriba y derecha nuestra según avanzamos, comenzamos la subida a la Cuerda del Rayal. Sin camino y casi recto por la escarpada pendiente. Los tajos rocosos nos van presentando cara en forma de muralla y para salvarlos nos vamos viniendo para el lado izquierdo, por donde discurre el carril pero mucho más abajo. Sudamos y nos cansamos pero antes del medio día ya hemos coronado la grandiosa Cuerda del Rayal y venimos a salir justo al Picón del Guante. Pico sobre la Cuerda del Rayal con algo más de altura que el mismo Rayal. Alcanza los 1931 metro. Nos cuesta mucho pero lo conseguimos y por el lado más difícil. En cuanto pisamos la tierra de la cumbre paramos y nos sentamos sobre las rocas mirando al grandioso valle por donde se aleja el río Extremera. Desde esta cumbre la vista es singularmente bella. Nos sorprenden los pinos laricios que sobre esta cumbre crecen. Tienen sus troncos gruesos pero apanas se elevan un par de metros. Y los troncos se retuercen como culebras. Esto es así en casi todas las cumbres de estas sierras. Los pinos laricios coronan hasta lo más elevado pero precisamente en lo alto es donde los vientos azotan

con más fuerza y las nevadas son más copiosas.

Junto al tronco retorcido de uno de estos pinos descubrimos unas rocas también muy curiosas. Son como varias columnas clavadas en lo más alto y con un bonito agujero en el centro. Creo que estas rocas son conocidas por los pastores como La Piedra de la Ventana. Nombre que también tienen las rocas que hay en la cumbre de Segura la Vieja, cerca de Segura de la Sierra. Nos hacemos varias fotos y seguimos. Desde este punto ahora podemos ver con toda claridad las dos vertientes de la Cuerda del Rayal. Dirección al Aguilón del loco y por todo lo alto de la cuerda avanzamos durante un buen trecho. Cuando encontramos un terreno propicio nos dejamos caer para el lado del Arroyo de la Cañada de Tíscar y de la Fuentes. Tenemos en nuestro punto de interés el rincón por donde precisamente nacen este Barranco de Tíscar y la Cañada de las Fuentes para el Guadalquivir. Collado Trabino es como se le conoce a este punto, paso entre las sierra de la Loma de Cagasebo y la Cuerda del Rayal. Pero por la ladera que hemos elegido para bajar de la Cuerda del Rayal hacia Collado Trabino las rocas calizas presentan un paisaje muy

complicado de andar. Hay muchos calares, muchas hondonadas y muchos pequeños arroyuelos. Lo vamos recorriendo sin prisa sin perder la dirección al collado y lo conseguimos.

Sobre medio día alcanzamos las bonitas tierras por el collado Trabino pero en la vertiente del Barranco de Tíscar. Por donde el terreno ofrece praderas y se encuentra casi despoblado de pinos paramos. Bajo unos majuelos y entre la hierba de la pradera descubrimos el venero. Un pequeño manantial que brota casi en todo lo alto de este collado y luego se va por el Barranco de Tíscar. Por aquí crecen grandes ejemplares de pinos laricios. Sobre la hierba de la pradera y bajo la sombra de uno de estos gigantes decidimos parar. Sacamos la comida de las mochilas y comemos sin prisa. No sentimos bien porque ya tenemos casi toda la ruta recorrida. Al menos el tramo más complicado y desconocido por nosotros. Lo que resta de ruta, regresar para el coche, es mucho más fácil y por carril de tierra. Lo conocemos.

Después de comer y descansar en la placidez de la pradera y acompañados por el fresco chorrillo que por

aquí nos regala la sierra seguimos la ruta. Bajamos por la vertiente del Barranco de Tíscar y antes de encontrar el carril, por la izquierda descubrimos una senda. Es la que viene por lo más alto de la Loma de Cagasebo y en el collado de Trabino se mete para la Cañada de las Fuentes. Decidimos que algún día tenemos que recorrer esta senda y seguimos bajando. Encontramos el carril de tierra y por él avanzamos gozando de los paisajes y la grandiosa ladera del Rayal en su lado sur. Por la mañana hemos gozado la cara norte y ahora descubrimos en toda sus grandiosidad el lado que mira al sol de la tarde. Los dos lados son muy bonitos y espectaculares pero el que hemos recorrido por la mañana tiene paisajes muy hermosos. Los voladeros, la vegetación de bujes y pinos laricios, los barrancos, las lomas que van cayendo y las sierras que desde esta ladera se divisa, son únicos. El lado sur es mucho más monótono ya que es una muy pronunciada ladera caliza en forma de rampa gigante. Solo algunas encinas se clavan en las partes bajas y poco más. Pero precisamente este paisaje emociona mucho. No existe otro igual en toda la de este Parque Natural. Puedo asegurarlo porque tengo bien pisado todos los rincones.

Unas horas más tarde ya vamos por donde las encinas y la cadena corta la pista. En este punto una senda se va para el lado del santuario de Tíscar y el carril se mete por el cauce del arroyo, pero despegado. Los seguimos y al poco estamos en la misma carretera. Desde este punto la ruta no tiene más dificultad que recorrer la distancia hasta donde tenemos el coche. Todo es carretera asfaltada y un trozo de pista hasta el coche porque lo hemos dejado bien avanzado en el carril que ya describí al comienzo de este trabajo. Llegamos al coche todavía antes de ponerse el sol y así dimos por completada la ruta. Algo cansados porque las distancia recorrida es bastante grande y duro el primer tramo pero satisfechos plenamente. Una ruta más en nuestra experiencia de sierras por este parque y no insignificante. La ruta descrita y recorrida aquel día por nosotros regala emociones y bellezas que no es posible en ninguna otra parte de estas sierras. Lo aseguro.

La fragancia eterna

- ¿Y eso del misterio qué es?

- Te debo decir que lo soñé la otra noche. Un sueño raro que ni siquiera sé en qué realidad puede encajar pero yo estuve allí y hasta sentí el miedo.

- ¿Te viste en el campo?

- Me vi en una de las laderas de estas montañas y, como tantas otras veces, subí por ella hacia las cumbres. Recorría la vieja senda pero no en solitario como también muchas veces sino acompañado. Subía detrás de mí un monstruo de hierro que era como una gigantesca máquina de tren. Detrás arrastraba a un verdadero tren y guiando esta máquina iba un amigo mío. No lo conocía pero sabía que era amigo y lo que más me extrañaba era que de vez en cuando se bajaba, se ponía delante y se echaba a andar. La máquina lo seguía como si fuera un perro domesticado. A una indicación suya el monstruo se paraba, subía más a prisa o escalaban más lento. Según la indicación que mi amigo le diera.

Pregunté a mi amigo qué significaba tal monstruo en estas sierras y me dijo que ahora son otros tiempos. Que los paisajes de estas montañas no son para tenerlos en

conserva. Que hay que modernizarse y no estar toda la vida recorriendo sendas sobre lomos de burros o mulos. ¿En tiendes tú?

- Tendré que meditarlo pero creo que tu sueño no tiene sentido.

- Mis ojos lo vieron y mi alma lo gustó. Aunque, como tú, no sé a qué realidad pertenece.